La historia del buen viejo y la bella señorita

Italo Svevo



Traducción de
Lizeth Burbano



Una campaña de fomento
a la lectura de la secretaría
de cultura, recreación y deporte
y el instituto distrital
de las artes – idartes

Este ejemplar de *Libro al Viento* es un
bien público. Después de leerlo permita
que circule entre los demás lectores.



La historia del buen viejo y la bella señorita

Italo Svevo

Traducción de
Lizeth Burbano
Ganadora de la Beca de Traducción – Italiano, Idartes 2017

Primera edición: Bogotá, octubre de 2017
Imágenes: carátula: detalle de *Pareja amorosa desigual* de Lucas Cranach (1517);
grabados: *ClipArt ETC* [http://etc.usf.edu/clipart/].

ANTONIO GARCÍA ÁNGEL, Edición
ÓSCAR PINTO SIABATTO, Diseño + diagramación
eLIBROS EDITORIAL, Producción ebook
978-958-8997-62-9, ISBN (impreso)
978-958-8997-63-6, ISBN (epub)

GERENCIA DE LITERATURA IDARTES
Carrera 8 n.º 15-46
Teléfono: 3795750
www.idartes.gov.co
contactenos@idartes.gov.co
f @LibroAlViento t @Libro_Al_Viento

Traducción de «La historia del buen viejo y la bella señorita»
Lizeth Alexandra Burbano Guevara, Beca de Traducción - Italiano, 2017
Resolución 577 de 2017 «Por medio de la cual se acoge la recomendación del jurado designado para seleccionar los ganadores del convocatoria Beca de Traducción, de la Convocatoria de Literatura Programa Distrital de Estímulos 2017, y se ordena el desembolso del estímulo económico a los seleccionados como ganadores».

Jurados Beca de Traducción - Italiano 2017
Mediante la Resolución 569 del 14 de junio de 2017 se designaron como jurados del concurso Beca de Traducción - Italiano a Rodolfo Suárez Ortega, Vittoria Martinetto y Alessandra Maria Merlo.

Contenido



Italo Svevo, *ca*. 1928.

Svevo, Joyce y el milagro de Lázaro

En 1904 James Augustine Aloysius Joyce vivía en Dublín, tenía 22 años, bebía en exceso y aún nadie sospechaba que se convertiría en uno de los escritores más importantes del siglo XX. En junio de ese año comenzó su relación con una camarera de hotel llamada Nora Barnacle. Después de un confuso episodio en el que alguien hizo disparos a unos trastos que estaban colgados sobre la cama del joven Joyce, él y Nora abandonaron Dublín y se fueron primero a Zúrich y después a Trieste, donde empezó a trabajar en la escuela Berlitz como profesor de inglés. Después de un tiempo, Joyce renunció y se convirtió en el profesor particular preferido por la rica burguesía triestina.

En 1907, el próspero empresario triestino Aron Ettore Schmitz tenía 46 años y administraba un negocio de pinturas para embarcaciones propiedad de su suegro, Gioachino Veneziani. Antes había ayudado a su padre en una cristalería que fue a la bancarrota y había trabajado 19 años como funcionario en el Unionbank de Viena. También había escrito dos novelas. Cuando el almirantazgo británico cerró tratos con los Veneziani, la empresa debió abrir una sucursal en Londres. Para perfeccionar su inglés Schmitz –que ya dominaba el italiano, el francés y el alemán– contrató a Joyce como profesor.

Pronto, a lo largo de las clases, a ambos los unió una pasión común: la escritura. Pero para Joyce esta significaba el futuro mientras que para Schmitz era parte del pasado. Joyce le mostró a su alumno los poemas de *Chamber Music*, los primeros capítulos del *Retrato del artista adolescente* y algunos cuentos de *Dublineses*, mientras que Shmitz le contó a su profesor que en algún momento de su vida quiso ser escritor. Le regaló ejemplares de sus dos novelas, *Una vita* y *Senilità*, publicadas con el seudónimo de Italo Svevo hacía quince y diez años, respectivamente. Entre los dos se forjó una

amistad que nació de la mutua admiración y que tuvo consecuencias literarias.

Se dice que el irlandés se basó en el judaísmo no practicante de Svevo para caracterizar a Leopold Bloom, y probablemente atendió algunas de las recomendaciones que Svevo le hizo sobre el primer capítulo del *Retrato del artista adolescente*, además durante años fue Svevo el custodio de los originales del último capítulo de *Ulises*; pero sin Joyce quizá Svevo y su obra habrían naufragado en el olvido, y estamos seguros de que, sin su intervención, Svevo jamás habría escrito *La conciencia de Zeno*, su obra maestra, ni *La historia del buen viejo y la bella señorita*, nuestro Libro al Viento 127.

El caso de Flaubert y Maupassant –como el de Joyce y Beckett– es el padrinazgo del narrador experimentado hacia un escritor más joven, aún en ciernes. Hemingway y Fitzgerald eran compañeros de ruta y fueron forjando sus obras al mismo tiempo. En cambio cuando Joyce y Svevo se conocieron el triestino iba de vuelta, había renunciado por completo a la literatura después de la indiferencia con que fue acogida su segunda novela. «Me resigné ante aquel juicio tan unánime», dice Svevo en el prólogo a la reedición de *Senilidad*, «no existe unanimidad más perfecta que el silencio, y durante veinticinco años me abstuve de escribir».

Joyce, impresionado, se aprendió de memoria los párrafos finales de la novela, le dijo a Svevo que había sido juzgado injustamente, que ninguno de los grandes maestros de la novela francesa habría podido escribir mejor que él algunas páginas de *Senilidad*. La correspondencia entre ambos, cuando ya Joyce había partido de Trieste antes de la Primera Guerra Mundial, muestra la diligente y esforzada labor para que la novela de su amigo llegara a manos de T. S. Eliot, Fox Maddox Ford, Valéry Larbaud, editores, traductores y críticos en Alemania, Inglaterra, Francia y Estados Unidos.

Joyce estaba en lo cierto. *Senilidad*, en la misma línea de grandes novelas como *Sonata a Kreutzer* y *Por el camino de Swann*, explora de manera magistral la obsesión de un hombre consumido por los celos. Pero su autor ya se había rendido, la literatura no era para él. Joyce, como el mismo Svevo lo afirmó, «supo renovar el milagro de Lázaro». Gracias a él, Svevo pudo

retomar la pluma y, tras veintitrés años de silencio, comenzar a escribir *La conciencia de Zeno*, una obra sobre la vejez cargada de ironía y humor. Cuando fue publicada, en 1923, Svevo se convirtió a su vez en uno de los escritores más importantes del siglo XX.

Antes de morir atropellado en 1928, Svevo alcanzó a escribir algunos textos cortos y esta *nouvelle* que puede leerse como una continuación de los temas tratados en *La conciencia de Zeno*. En ella se cuenta cómo un acaudalado anciano, presa de un último arrebato de vitalidad, seduce a una humilde y elusiva jovencita, pero nada en esta relación está garantizado por el dinero ni la experiencia del viejo, y pronto su alma crepuscular se verá sacudida por la fuerza de las pasiones.

ANTONIO GARCÍA ÁNGEL

La historia del buen viejo y la bella señorita





I

Sin que el buen viejo pudiera darse cuenta, el preludio de su aventura había comenzado. En un momento de descanso debió recibir en su oficina a una anciana que le presentaba y recomendaba a una jovencita, su propia hija. Habían sido admitidas en su presencia gracias a una carta de presentación de un amigo suyo. El viejo, interrumpido abruptamente, no dejaba de pensar en sus asuntos mientras contemplaba atónito la carta, queriendo entenderla lo más rápido posible para librarse enseguida de la molestia.

La anciana no paraba de hablar, pero el viejo apenas pudo retener o comprender una breve frase: La jovencita es fuerte, inteligente y sabe leer y escribir, más leer que escribir. Luego, una frase que lo impresionó a causa de su extrañeza: «Mi hija acepta cualquier empleo de tiempo completo, siempre y cuando le garantice el poco tiempo que necesita para su baño diario». Finalmente la vieja dijo la frase que concluyó rápidamente la escena: «Ahora están contratando a mujeres para conducir y atender las taquillas del Tranvía».

Súbitamente, el viejo decidió escribir una carta de recomendación dirigida a la Dirección de la Sociedad de Tranvías y despidió a las dos mujeres. Inmerso de nuevo en sus asuntos, se interrumpió por un instante para pensar: «Quién sabe por qué aquella anciana quiso decirme que su hija se baña diariamente». Agitó la cabeza sonriendo con aire de superioridad. Esto prueba que los viejos son mucho más viejos cuando tienen cosas por hacer.

II

Un vagón de tranvía se deslizaba a lo largo de la avenida de Santa Andrea. La conductora, una bella muchacha de veinte años, con los ojos negros clavados sobre la calle ancha, polvorienta, llena de sol, se complacía en llevar el vehículo precipitadamente de manera que, con los cambios, las ruedas chirriaban y el vagón, cargado de gente, saltaba. La avenida estaba desierta. Aun así, la joven presionaba constantemente con su pie nervioso y pequeño la campanilla de alarma. Si lo hacía no era por prudencia sino porque ella era tan infantil que llegaba a convertir el trabajo en un juego, y se complacía en correr así y en hacer ruido con aquella ingeniosa maquinita. A todos los niños les encanta gritar cuando corren. Estaba vestida de coloridos harapos. Por su gran belleza parecía disfrazada. Una descolorida chaqueta roja le dejaba el cuello libre, fuerte en comparación con su carita un poco escuálida, y libre la cavidad perfecta que iba de los hombros al delicado pecho. La faldita azul era demasiado corta, quizá porque en el tercer año de la guerra escaseaban los tejidos. Los piececitos parecían desnudos dentro de sus zapatos de tela y el gorro azul le aplanaba unos rizos negros, no muy largos. Mirando sólo su cabeza hubiera podido confundirse con un jovencito, a no ser por una actitud que ya revelaba coquetería y vanidad.

Dentro del vagón, rodeando a la bella conductora, había tanta gente que maniobrar el freno era casi imposible. Ahí se encontraba también nuestro viejo. Él debía encorvarse para no ser arrojado sobre la conductora, ante los saltos cada vez más violentos del tranvía. Estaba cuidadosamente vestido, pero con la sobriedad propia de sus años. En verdad, una figurita señorial y agradable. Bien alimentado, entre toda aquella gente pálida y anémica, no representaba aún una ofensa para los viajantes pues no era muy gordo ni parecía demasiado próspero. Por el color de su cabello y sus cortos bigotes se deducía que su edad rondaba los sesenta años o un poco menos. No se manifestaba en él ningún esfuerzo por parecer más joven. La edad puede ser

un obstáculo para el amor y él hacía mucho tiempo que había dejado de pensar en ello, pero favorecido en sus negocios portaba sus años con orgullo y, si así puede decirse, juvenilmente.

Su prudencia, en cambio, era acorde con su edad y no se hallaba a gusto en aquel vehículo mastodóntico llevado a toda prisa. La primera palabra que dirigió a la jovencita fue de reprimenda: «¡Señorita!».

Ante la afectuosa cortesía, la joven volvió hacia él sus bellos ojos, titubeantes, sin estar segura de que él hubiera querido hablarle. El buen viejo halló tanto placer en aquella mirada luminosa, que su angustia se disipó. Mudó la amonestación, que habría significado un reproche, por una broma: «No me interesa en absoluto llegar unos minutos antes al Tergesteo». Pareció sonreír ante su propia broma y así pudo creerlo la gente a su alrededor, pero en realidad su sonrisa iba dirigida a aquellos ojos, que encontraba pícaros e inocentes a la vez. Las mujeres bellas, al principio, siempre parecen inteligentes. Un bello color o una bella línea son, en efecto, la expresión de la inteligencia más absoluta.

Ella no escuchó sus palabras, pero quedó completamente tranquila con aquella sonrisa que no dejaba duda de la benévola disposición del viejo. Comprendió que se encontraba incómodo estando de pie, y le hizo lugar para que pudiera apoyarse junto a ella en la barandilla. Así continuaron en una vertiginosa carrera hasta Campo Marzio.

La muchacha, entonces, mirando al buen viejo como pidiéndole aprobación, suspiró: «Aquí comienza la parte más aburrida». El tranvía, en efecto, empezó a tambalear lenta y pesadamente sobre las calles.

Cuando un joven se enamora de verdad, a menudo el amor hace que su imaginación pronto se aparte de su deseo. ¡Cuántos jóvenes, que pudieran quedarse plácidamente en un lecho que los acoge, no tiran por la borda su propia casa creyendo que para irse a la cama con una mujer deben primero conquistar, crear o destruir! En cambio los viejos, de los que se dice que están mejor protegidos de las pasiones, se entregan con plena conciencia y entran al lecho de la culpa cuidándose sólo de los resfriados.

El amor no es fácil, ni siquiera para los viejos. Para ellos la complicación está en los motivos. Saben que deben disculparse. Nuestro viejo se dijo:

«He aquí mi primera aventura verdadera tras la muerte de mi mujer». Según el lenguaje de los viejos, una aventura es real si también el corazón está implicado. Se puede decir que raramente un viejo es lo suficientemente joven como para tener una aventura que no sea auténtica, ya que es un lujo que sirve para enmascarar una debilidad. Así, cuando los débiles golpean no sólo lo hacen con el puño, el brazo y el hombro, sino también con el pecho y el otro hombro. El puño, por un esfuerzo tan grande, se debilita, mientras la aventura pierde su claridad y se vuelve más peligrosa.

Luego el viejo pensó que era la mirada infantil de la muchacha la que lo había conquistado. Los viejos, cuando aman, pasan siempre por la paternidad y cada uno de sus abrazos es un incesto de sabor acre.

Y el tercer pensamiento importante que tuvo el viejo, sintiéndose deliciosamente culpable y deliciosamente joven fue: «La juventud regresa». El egoísmo del viejo es tan grande que su pensamiento no permanece adherido al objeto de su amor, ni siquiera por un instante, sin volver rápidamente a mirarse a sí mismo. Cuando desea a una mujer, recuerda al rey David, que de las jovencitas esperaba la juventud.

De existir hoy, el viejo de la comedia antigua, convencido de poder emular la juventud, sería un extrañísimo caso. Mi viejo siguió monologando y se dijo: «He aquí una jovencita que yo compraría... si estuviera en venta».

«¡Tergesteo! ¿No baja?», preguntó la jovencita antes de poner en marcha el vagón. El buen viejo, incómodo, miró el reloj: «Continuaré un poco más», dijo.

No había ya tanta gente, y no tenía ningún pretexto para permanecer tan cerca de la joven. Se levantó y se apoyó en un rincón desde donde podía verla con comodidad. Ella debió darse cuenta de que era observada, porque cuando la maniobra se lo permitía, lo miraba curiosamente de reojo.

Él le preguntó desde hacía cuánto tiempo realizaba aquel trabajo tan pesado. «¡Hace un mes!... No ha sido tan pesado», dijo ella, mientras usaba todo su cuerpo como una palanca para accionar el freno mecánico, «pero a veces resulta muy aburrido». Lo peor de todo era que el pago que recibía no le resultaba suficiente. Su padre aún trabajaba, pero, dado el precio de los víveres, era difícil dar abasto. Y sin restarle atención a su trabajo, lo llamó

por su apellido: «Si usted quisiera, le resultaría fácil encontrarme un empleo mejor», y lo miró de inmediato para ver sobre su rostro el efecto de aquella súplica.

La repentina mención de su nombre sorprendió un poco al buen viejo. El nombre de un viejo es siempre un poco antiguo e impone ciertas obligaciones a quien lo porta. Borró de su rostro cada trazo de tensión que pudiera traicionar su deseo.

No se asombró de que la jovencita conociera su nombre porque la ciudad había sido abandonada por casi todas las familias ricas y los pocos acomodados que quedaban sobresalían. Miró hacia otra parte y dijo con seriedad: «¡Ahora está un poco difícil, pero lo pensaré! ¿Qué sabe hacer?». Sabía leer, escribir y llevar cuentas. De idiomas no sabía sino el triestino y el friulano.

Una vieja pueblerina que iba en el tranvía se echó a reír ruidosamente: «¡El triestino y el friulano! ¡Ah! ¡Esta si está buena!». La joven también rio mientras el viejo, siempre rígido en su esfuerzo de no dar a entender su íntima excitación, reía de manera falsa. La campesina, a quien le complacía hablar con semejante señor, no paraba de cotorrear, mientras el viejo se prestaba para simular mejor su indiferencia. Por fin los dejó solos. De inmediato el viejo espetó: «¿A qué hora está usted libre?».

«A las nueve de la noche».

«¡Muy bien!», dijo el buen viejo. «Venga esta noche porque mañana estaré ocupado». Y le dio una dirección que ella repitió dos o tres veces para no olvidarla.

Los viejos se enfurecen porque la ley de la naturaleza, sobre los límites de la edad, recae sólo en ellos. Aquella cita pedida bajo el aspecto de filántropo protector, y concedida con la debida gratitud, hizo pasmar de alegría al viejo. ¡Las circunstancias lo favorecían!

Pero los viejos prefieren la claridad en los negocios y no se decidía aún a abandonar el tranvía. Se cuestionaba ansiosamente, dudando de su propia suerte: «¿Esto es todo? ¿No hace falta nada más? ¿Y si ella en realidad creyera que ha sido invitada a tomar una carta de recomendación para obtener otro empleo?». No quería permanecer inútilmente entusiasmado

hasta la noche, hubiera preferido estar más seguro al respecto. Pero, ¿cómo pronunciar la palabra precisa sin comprometer su propio nombre, y el de su familia incluso, delante de la muchacha en caso de que ella, sinceramente, no quisiera aceptar de él algo distinto a un empleo? En el fondo la situación hubiera sido idéntica de haberse presentado siendo joven. ¡Pero era viejo! Los jóvenes, después de tener un poco de experiencia o incluso antes de tener alguna, idean todo aquello que hace falta, pero el viejo es un amante desorganizado. La máquina del amor carece en ellos por lo menos de una rueda.

Al final el viejo no inventó nada, sólo recordó. Recordó que, a los veinte años, es decir, unos cuarenta años atrás, mucho antes de casarse, una mujer –mucho mayor que aquella del vagón del tranvía–, con un pretexto cualquiera y delante de otras personas, le había prometido previamente ir a su casa, él, en voz baja, pero vehementemente había repetido la invitación y preguntado: «¿Vendrá?». Esta palabra habría bastado, pero ahí lo miraba la gente que envidia el amor de los jóvenes y se burla del de los viejos. Su voz no debía parecer agitada.

Al bajar del vagón dijo a la joven: «La espero entonces esta noche a las nueve». Después, al recordarlo, descubrió que su voz, por la multitud o por su deseo, había temblado. Pero no lo advirtió en su momento, y cuando la joven respondió: «¡Seguro! ¡No faltaré!» mientras apartaba la vista por un momento de la vía y volvía sus ojos hacía él, le pareció que la promesa había sido hecha al filántropo. Pero, al volver a pensar en ello, todo se esclareció como cuarenta años atrás. En el brillo de sus ojos destellaba la malicia, como el ansia en su propia voz. Era cierto, se habían entendido. La madre naturaleza, benévolamente, le concedía una nueva oportunidad, la última, de amar.

III

El viejo se encaminó al Tergesteo con paso ligero. Se sentía de maravilla. Tal vez todo aquello le faltaba desde hacía mucho tiempo. A causa de sus muchas ocupaciones había olvidado algo que su organismo, aún joven, necesitaba en realidad. Al sentirse tan bien no podía dudarlo.

Al Tergesteo llegó demasiado tarde. Tuvo, por eso, que correr al teléfono para remediar el retraso. Durante media hora los negocios recobraron toda su atención. Incluso aquella calma fue para él un motivo de satisfacción. Recordaba que en su juventud la espera había sido tal tortura y tal delicia que luego la felicidad anhelada palidecía en comparación. La tranquilidad se le presentaba como una prueba de fuerza y en esto, por supuesto, se engañaba.

Dejando de lado sus negocios, se dirigió al hotel donde siempre comía, como muchos otros adinerados que así reservaban las provisiones almacenadas. Continuaba examinándose mientras caminaba. El deseo en él era virilmente sereno, pero firme. No tenía dudas y tampoco recordaba que, en su juventud, como persona fina que era, cada aventura parecida había agitado en su pecho todos los problemas del bien y del mal. Veía sólo un lado del problema y le parecía que aquello que tomaba le correspondía, al menos, como una indemnización por todo el tiempo que había estado privado de tanta dicha. En general, es cierto que la mayor parte de los viejos cree tener muchos derechos y sólo derechos. Seguros de no estar ya al alcance de educación alguna, creen poder vivir justo como su organismo exige. El buen viejo se sentó a la mesa con un apetito tan voraz que le recordaba la verdadera juventud. Dichoso, pensó: «Aquí comienza la mejor y más bella de las curas».

No obstante al caer la tarde, cuando dejó el despacho, el viejo, para evitarse la espera inerte en casa, fue a darse un largo paseo por la ribera y el muelle, y sintió en su pecho una ligera turbación moral que no pasó sin dejar huella en su alma. No tuvo, sin embargo, ninguna influencia sobre el curso de

los acontecimientos porque él como todos, viejos y jóvenes, hizo lo que le apeteció, aun conociendo una mejor forma de actuar.

El crepúsculo del verano era claro y pálido. El mar crecido, cansado e inmóvil, parecía descolorido comparado con el cielo aún resplandeciente. Se veía claramente el perfil de las montañas descendiendo hacia la llanura friulana. Se divisaba también el Ermada y se oía vibrar el aire, estremecido por los incesantes disparos de los cañones.

Cada manifestación de guerra que el viejo presenciaba le hacía recordar, con una punzada en el corazón, que gracias a ella ganaba mucho dinero. Para él la riqueza y la abyección provenían de la guerra. Ese día pensó: «Y yo intento seducir a una jovencita del pueblo que en la guerra sufre y sangra». Estaba acostumbrado desde hacía mucho tiempo al remordimiento por los buenos negocios que hacía, y continuaba haciéndolos a pesar de la culpa. Su rol de seductor era nuevo y por eso era más nueva e intensa su resistencia moral. Las nuevas faltas no son fáciles de conciliar con las profundas convicciones morales y se requiere tiempo para hacerlas andar juntas pacíficamente. No había por qué desesperarse. Mientras tanto allá, en el muelle, en presencia del Ermada en llamas, el buen viejo abandonó su propósito. Encaminaría a su jovencita a un trabajo honesto y no sería para ella más que un filántropo.

La hora fijada para la cita estaba por llegar. La lucha moral había hecho aún menos difícil la tarea de esperarla. La determinación del filántropo acompañó al buen viejo a casa, dejándole todavía el paso de conquistador que había adoptado esa mañana al bajar del vagón del tranvía.

Ni siquiera en casa su resolución cambió, pero sus actos no coincidieron con ella. Ofrecer una cena a la jovencita ya no era obra de filántropo. Abrió latas de delicados alimentos y preparó una cena fría exquisita. Sobre la mesa, entre dos copas de cristal, puso una botella de champaña. Lo hacía nada más porque disponía de mucho tiempo.

Luego llegó la jovencita. Estaba mucho mejor vestida que en la mañana, pero aquello no fue decisivo pues ya no podía volverse más deseable. El viejo, frente a los dulces y la champaña, asumió una actitud paternal que la jovencita no percibió porque todo el tiempo tenía clavados los ojos

inocentes en la apetitosa cena. Él le dijo que procuraría enseñarle un poco del alemán que necesitaría para el empleo. Entonces ella pronunció una frase decisiva. Declaró que estaba dispuesta a trabajar todo el día a condición de que se le permitiera media hora para su baño.

El viejo comenzó a reír: «¿Con que nos conocemos desde hace mucho tiempo? ¿No es usted aquella jovencita que vino a verme con su madre... cómo está la amable señora?».

Esa frase fue verdaderamente decisiva porque de inmediato comprendió que se conocían hacía mucho tiempo. La duración da a una aventura un aspecto de mayor seriedad. Además, la garantía del baño diario es, especialmente para un viejo, de una importancia evidente. En ese momento, si lo hubiera pensado, habría comprendido la razón por la que la madre de la jovencita había mencionado el baño. Su pose de filántropo desapareció. La miró a los ojos riendo, como si quisiera burlarse de su propio esfuerzo moral, la tomó de una mano y la atrajo hacia sí.

El viejo hubiera querido recobrar de inmediato su aspecto de benefactor. ¿Qué finalidad tendría ya conservar el aspecto odioso del seductor? Tuvo el buen gusto de no hablar más de trabajo. En cambio, se apresuró a darle dinero. Luego, después de una ligera duda, le dio dinero por segunda vez y este lo destinó a aquella amable señora, a la madre. Para parecer filántropo se necesita dar incluso a quien no lo merece. Además, es cierto que los viejos dan siempre el dinero por partes, mientras que los jóvenes vacían la bolsa con un solo gesto a riesgo de arrepentirse después.

La jovencita tuvo la ardua tarea de aceptar dinero dos veces y dos veces fingir no quererlo. La primera vez es fácil, les sucede a todas. ¿Pero la segunda? Ella no encontró las palabras que buscaba y repitió maquinalmente la fórmula y el gesto ya empleados. Incluso en una tercera ocasión habría dicho: «¿dinero? ¡No lo quiero!». Y lo habría tomado diciendo: «¡Pero te quiero mucho!». Después de la segunda vez quedó un poco turbada y el viejo atribuyó dicha turbación a su desinterés. En cambio, pudo ser que ella pensara que la cantidad dada era demasiado pequeña y que había sido dividida en dos para hacerla parecer mayor.

Esta aventura tan simple se volvió más compleja en la turbada mente del buen viejo. ¡Era el destino! De una forma o de otra, cuando un viejo paga sabiendo que los favores no pueden serle regalados, termina siempre por falsear las aventuras amorosas y merece pronto la burla de Beaumarchais y la música de Rossini. Mi buen viejo, tan inteligente, no rio de las palabras tan poco elaboradas de la jovencita. La aventura debía seguir siendo «auténtica» y él, voluntariamente, colaboraba en su falsificación. La jovencita era tan graciosa que ninguna de sus palabras podía parecer desentonada. Así que tal falsificación tuvo cierta importancia, pero sólo en el alma del viejo.

En apariencia no tenía otra alternativa que prolongar un poco aquel primer encuentro e incluso los que le siguieron. Si el viejo hubiera podido comportarse conforme a su deseo, hubiera despedido enseguida a la jovencita porque los viejos tienen cortos períodos de inmoralidad. Pero con una mujer que se ama no se puede, en absoluto, proceder a la ligera. Él no era un vanidoso. Pensaba: «la jovencita ama el lujo de mi oficina, de mi casa, de mi apariencia. Tal vez incluso le agrade la dulzura de mi voz y la elegancia de mis modales. Ama esta habitación en la que encuentra tantos buenos alimentos. Ama tantas cosas mías que también puede amarme un poco a mí». Una invitación a amar es una bellísima lisonja y agrada aun cuando no se sabe qué hacer con ella. En el peor de los casos puede equivaler por lo menos a los títulos nobiliarios de los comerciantes de ganado que, aun sabiendo que no valen, de ellos se jactan.

Ella le dijo, sin intención alguna de hacer un drama, que él era su primer amante. El buen viejo lo creyó y, al fin, tuvo que reprimirse para no ofrecerle dinero por tercera vez. Se instaló tan a gusto en esa gran dulzura, al punto de sentirse herido cuando ella le dijo que no le gustaban los jóvenes y que prefería a los viejos. Fue un brusco despertar oír que lo llamara viejo y un dolor tener que inclinarse para agradecer esa gentil declaración. Pese a que el encuentro no fue tan amoroso, tampoco fue una tortura para el buen viejo. La jovencita estaba completamente ocupada en digerir la cena que le había ofrecido, y así él pudo reposar a su gusto.

Aun así, se alegró de verla partir y de quedarse solo. Él estaba acostumbrado a sostener conversaciones con personas serias y no le era posible soportar por mucho tiempo la frívola charla de la bella muchachita. Se dirá que hay artistas e intelectuales, gente más seria que mi viejo comerciante, que soportan con delicia el parloteo de la bella boca de los jóvenes. Pero se ve que para ciertas relaciones los viejos son más serios que los más serios jóvenes.

El buen viejo se fue a la cama un poco preocupado todavía. Una vez ahí dijo: «No voy a pensarlo más. Tal vez no vuelva a verla». Estaba tan poco seguro de su amor que había acordado con ella que para el próximo encuentro la invitaría con una nota. De modo que bastaba no escribirle y él volvería a ser el hombre virtuoso que siempre había sido.

Antes de conciliar el sueño fue atormentado por la sed. Había bebido demasiado y comido cosas muy condimentadas. Llamó al ama de llaves, que le dio un vaso de agua y una mirada de reproche. Ella –ya no tan joven– siempre había esperado convertirse en la señora de la casa. Luego había terminado por creer que el recato del viejo se debía a su espíritu de clase y se había resignado porque, en una u otra clase, se nace sin ninguna culpa. Pero entonces pudo ver por un instante a la jovencita que se marchaba y comprendió que la alcurnia no era un impedimento para el buen viejo. Fue para ella una verdadera bofetada. Se dirá también que las cualidades que nos hacen más o menos deseables no dependen de nuestros méritos ni de nuestras imperfecciones. Ella, por su parte, estaba segura de poseer esas cualidades y, por eso, culpaba al viejo por no darse cuenta.

IV

La nota con la que el viejo citó a la joven para encontrase de nuevo fue escrita pocos días después, mucho antes de lo que él había previsto aquella noche al acostarse. La escribió sonriendo, contento de sí. Se ilusionó al imaginar que esta segunda visita le traería más alegrías. Por el contrario, fue idéntica a la primera. Cuando despidió a la muchacha fue tan prudente como la primera vez, advirtiéndole que regresaría a su lado solamente cuando él volviera a llamarla. Para la tercera cita la reclamó aun con más prisa, pero la despedida fue igual que las otras veces. Nunca llegó a fijar de inmediato la próxima reunión. De esta manera, el buen viejo siempre estaba feliz cuando llamaba a la muchacha y cuando la despedía, es decir, cuando se proponía regresar a la virtud. Si al despedir a la joven hubiera establecido enseguida la próxima cita, habría vuelto a la virtud de manera incompleta. Así, en ausencia de compromiso, su vida permanecía ordenada y virtuosa, a excepción de brevísimos intervalos.

De los encuentros no habría más que decir si el viejo, un tiempo después, no hubiera sido dominado por unos celos locos. Locos no por su violencia sino por su extrañeza. Esto es, que no se manifestaban cuando le escribía a la jovencita puesto que era el momento en que se la quitaba a los otros; ni tampoco al despedirla pues en ese instante, por su propia voluntad, la entregaba por completo a los demás. Sus celos acompañaban al amor en un espacio de tiempo. Así, el amor se realzaba y la aventura se tornaba más verdadera que nunca. Una delicia y un dolor indescriptible. En determinados momentos se apoderaba de su mente la idea de que la jovencita, sin duda, tenía otros amantes, todos jóvenes, mientras que él era un viejo. No sólo se compadecía de sí mismo –¡ay cuánto!– sino también de ella, que podía perder así toda posibilidad de una vida decorosa. ¡Pobre si confiaba en los otros como había confiado en él! En los celos asomaba su propia culpa. Por eso, para compensar su mal ejemplo, el viejo se acostumbró a dar un sermón

justo mientras hacían el amor. Le explicaba cuántos peligros podían traerle los amores desordenados.

La jovencita manifestaba no tener más que un amor, aquel que sentía por él. «¡Pues bien!», exclamaba el viejo, ennoblecido al mismo tiempo por el amor y la moral, «si tú, para volver a la virtud tuvieras que decidir no verme más, yo me sentiría satisfecho». A esto la jovencita no respondía, y por buenas razones. Para ella la aventura era tan clara, que no le era posible mentir como él lo hacía. No era conveniente dejar aquella relación, por el momento. Además le resultaba fácil callar cuando él la cubría de besos. Cuando él se permitía un desahogo más sincero y hablaba, atribuyéndole otros amantes, entonces ella tomaba la palabra: ¿Cómo podía creer algo semejante? Para empezar, ella no recorría las calles de la ciudad más que en tranvía; en segundo lugar, su madre la vigilaba y, finalmente, nadie quería saber nada acerca de ella, ¡pobrecita! Enseguida dejaba caer un par de lágrimas. Dudosa palabrería aquella que se sirve de tantos argumentos. Entre tanto, del viejo desaparecían el amor y los celos y, entonces, podían regresar a la cena.

A partir de esto se puede deducir cómo se comportan generalmente los viejos. Para los jóvenes cada hora en particular está ocupada desordenadamente por los sentimientos más disparatados, mientras que para los viejos cada sentimiento tiene su hora. La jovencita funcionaba de reserva para el viejo. Cuando la necesitaba, venía; se iba cuando ya no la deseaba. ¡Discutían! Luego hacían el amor y después comían de muy buen humor. El viejo, quizás empeñado en dar una manifestación de fuerza, comía y bebía demasiado.

No quiero decir, en absoluto, que haya sido esta la causa de que el viejo enfermara. Está claro que el exceso de años resulta más peligroso que el exceso de vino, de comida e incluso de amor. Puede ser que uno de tales excesos termine por agravar al otro, sin embargo a mí no me concierne asegurar tanto.

V

Se acostó tan tranquilo como todas las noches, especialmente como aquellas en las que después de haber comido todo lo que le había ofrecido, la muchacha finalmente se marchaba.

Pronto se durmió. Luego recordó qué había soñado, aunque de una manera tan confusa que no pudo precisar los detalles. Muchas personas que gritaban lo tenían rodeado, discutían con él y entre ellas; luego todos se alejaban y él, trastornado, se tumbaba sobre un sofá para descansar. Entonces, sobre una mesita que estaba justo a la altura del sofá, vio un gran ratón que lo miraba con sus pequeños ojos brillantes. Había una risa o, más bien, una burla en aquellos ojos. El ratón desapareció después, mas con pavor advirtió que había penetrado su brazo izquierdo y que, cavando furiosamente, se dirigía hacia el pecho causándole un dolor insoportable.

Se despertó jadeando, cubierto de sudor. Había sido un sueño, pero algo de realidad quedaba: el dolor insoportable. La imagen del objeto causante del dolor cambió de repente. Ya no se trataba de un ratón, sino de una espada clavada en la parte superior del brazo, cuya punta alcanzaba el esternón. Arqueada, no cortante pero ruda y venenosa, porque donde tocaba producía dolor. No le permitía respirar ni hacer ningún tipo de movimiento. La espada se habría podido romper, desgarrándolo, si él se hubiera movido un poco. Él gritaba y lo sabía, porque el esfuerzo por hacerse escuchar le lastimaba la garganta, sin embargo no oía con certeza el sonido que emitía. Había muchos ruidos en aquella habitación vacía. ¿Vacía?: en ese cuarto estaba la muerte. Una oscuridad profunda se aproximaba desde el techo, una nube que, de alcanzarlo, le habría suprimido la diminuta respiración que aún se le concedía, y habría apagado para siempre toda luz, lanzándolo finalmente hacia las cosas bajas y sucias. La oscuridad se avecinaba lentamente. ¿Cuándo habría de alcanzarlo? ¡Era innegable! También podía extenderse de un momento a otro y envolverlo hasta estrangularlo en un instante. ¿Esta era la muerte de la que había oído hablar desde que era niño? ¿Así de astuta y

portadora de tanto dolor? Sentía cómo caían las lágrimas de sus ojos. Lloraba de terror y no para despertar piedad, pues sabía que la piedad no existía. El terror era tan grande, que le pareció estar libre de culpa y de pecado. Estaba siendo estrangulado de aquel modo, él, el bueno, el manso y misericordioso.

¿Cuánto tiempo duró aquel tormento? No sabía explicarlo y habría creído que toda la noche, si la noche no hubiera sido tan larga como para darse cuenta de que primero se había alejado de él la oscuridad amenazante y después el dolor. La muerte ya no estaba y al día siguiente podría saludar al sol una vez más. El dolor se había ido a cambio de un súbito alivio. Se fue desplazando hacia la garganta, donde finalmente desapareció. Envuelto en las cobijas batía los dientes de frío y un temblor convulso le impedía el descanso. A pesar de todo, había vuelto a la vida por completo. Dejó de gritar y se alegró de que su lamento no hubiera sido escuchado. El ama de llaves, maliciosa, habría considerado como causa del mal la visita de la jovencita la noche anterior. De esta manera recordó a la muchacha y de pronto pensó: «¡No volveré a hacer el amor!».

VI

El médico, consultado en la mañana, examinó, estudió y de momento no dio gran importancia al ataque. El viejo le había contado la aventura de la noche anterior, incluyendo la comida y la champaña. Al doctor le pareció que el suceso era resultado de aquel desorden. Dijo con seguridad que el mal no se repetiría con la condición de que supiera guardar reposo, tomando con regularidad, cada dos horas, cierto polvo y absteniéndose de ver al objeto de su amor e incluso de pensarlo.

El doctor, que tenía su misma edad, era también un viejo amigo que lo trataba con mucha confianza: «Podrás ir con tu amante sólo cuando yo te lo permita».

Y el viejo, a quien le importaba más su propia salud que al doctor, pensaba en cambio: «¡Ni porque tú me lo permitieras iría a verla! ¡Estaba mucho mejor antes de conocerla!».

Una vez se quedó solo, pensó en seguida en cómo librarse definitivamente de la jovencita. Aún recordaba que ella lo amaba. Por esta razón la creía capaz de venir a buscarlo después de un tiempo, incluso sin ser invitada. Todos conocemos la fuerza del amor. Ahora bien, ¿qué papel inventaría él, que había decidido no recibir a la joven ni siquiera con el permiso del doctor? Le escribió que estaba obligado a dejar la ciudad de improviso y por largo tiempo. Le avisaría en cuanto estuviera de vuelta. Adjuntó a la carta una suma de dinero destinada a saldar la cuenta que tenía con su propia conciencia. La concluyó con un beso, escrito tras un instante de duda. ¡No! Aquel beso no alteró su pulso.

A pesar del insomnio, la noche transcurrió en calma y al día siguiente se sintió reconfortado. No obstante las garantías del médico, y aunque el inmenso dolor no se había repetido, temía que lo atacase cada noche en medio de la oscuridad. Permaneció en cama, esta vez más tranquilo y recobró la confianza, mas no el sueño. Se escuchaba el ruido de los cañones y el buen viejo se preguntaba: «¿Por qué no habrán inventado aún una

manera de matarse sin hacer tanto ruido?». No estaba tan lejos el día en que el fragor de la guerra había despertado en él un sentimiento de generosidad. Pero la enfermedad había terminado por quitarle el resto de la conciencia social que la vejez no había podido acabar.

En los días siguientes el médico le recetó algunas gotas en medio de las dosis de polvos medicinales. Luego, para garantizar el sueño nocturno, le aplicaba una inyección al final de la tarde. Además, para mejorar el apetito debía tomar una medicina especial, suministrada a horas determinadas. Al viejo no le faltaban las ocupaciones durante el día. El ama de llaves, marginada en los buenos tiempos, se había convertido en alguien muy importante. El viejo, que sabía ser agradecido, tal vez se habría encariñado con la que más de una vez tuvo que levantarse en las noches para suministrarle la medicina, de no ser por un defecto: no le perdonaba sus aventuras, mencionándolas a menudo. La primera vez que por recomendación médica debió suministrarle una copa de champaña, la acompañó con la siguiente observación: «Es de aquella que fue comprada con otro propósito».

Por algún tiempo el viejo protestó, queriendo hacerle creer que entre la jovencita y él no había existido más que un cariño puro. Luego, al ver que ella no cambiaba de opinión, comenzó a pensar que sabía demasiado y que lo había espiado. «¿Pero en qué momento?», se preguntó después de una larga reflexión. Se sonrojaba de lo que sabía la mujer, pues aunque lo demás ya no existía, la maldita no daba término a los hechos al traer, por medio de sutiles alusiones, detalles con los que se podía recordar la aventura en su totalidad. Si bien no podía soportarla, terminó por tolerar su presencia únicamente cuando la necesitaba. De este odio que habría sido lo suficientemente vivificador nada resultó, puesto que dependía de ella incluso para charlar. En voz baja se limitó a decirle al doctor: «Es mala como el pecado».

En la lucha con aquella mujer recordaba a la jovencita, pero sin añorarla. Sólo extrañaba la salud, o mejor, lo que recordaba como su propia juventud. Pero la juventud había muerto con la última visita de la muchacha y en el recuerdo de esta vivía la nostalgia por aquella. Ahora, pensándolo

seriamente, le conseguiría un empleo a la jovencita... si es que recuperaba la salud. Luego volvería a su fructífera e importante actividad y no al pecado. Era el pecado la causa de su enfermedad.

Había terminado el verano. Uno de los últimos días tranquilos de la estación se le permitió dar un paseo en coche. El médico lo acompañó. El resultado no fue perjudicial porque él se sintió encantado con el cambio y su estado no empeoró, aunque con el mal tiempo que sobrevino el experimento no se pudo repetir.

Así transcurrió su vida vacía. No había más novedades que los cambios en sus medicamentos. Cada medicina era buena para un tiempo determinado. Además, para obtener los mismos efectos era necesario aumentar la dosis, luego reemplazarla por otro medicamento. Después de algunos meses se volvía al principio.

En aquel organismo se desarrolló cierto tipo de equilibrio. Si caminaba hacia la muerte, su aproximación era imperceptible. Ya no se trataba del dolor, heroico por su intensidad, de aquella noche cuando la muerte había levantado su brazo para propinarle un golpe decisivo. Era otra cosa. Quizás en su estado actual ya no valía la pena propinarle el golpe mortal. Él creía estar cada día mejor. Le parecía incluso haber recuperado el apetito. Dedicaba mucho tiempo a tragar sopas insípidas y le parecía sinceramente que estaba comiendo. En casa aún quedaban aquellas cajas con manjares exquisitos. Con sus manos temblorosas el viejo tomaba una, leía el nombre de algún afamado fabricante, luego la dejaba en su sitio. Pensaba guardarla para el día en que se sintiera mejor. También reservaba para ese momento las botellas de champaña. Tenía claro que aquella bebida no era buena para su enfermedad.

La parte más importante del día era la que pasaba junto a una ventana durante las horas más calurosas. Aquella ventana era el resquicio por donde miraba cómo transcurría la vida en la calle de la que él había sido exiliado. Si la mujer del pecado –como llamaba a la doméstica– se encontraba cerca, él la llamaba para criticar el lujo que todavía se advertía en las pobres calles de Trieste, o se lamentaba en un tono bastante enfático de la miseria que transitaba en procesión.

Frente a su casa había una panadería donde a menudo se veía una fila de gente esperando un pedazo de pan. El viejo se compadecía de aquellas personas que aguardaban un pan tan mal cocinado que daba asco, pero su piedad era pura hipocresía. En el fondo sentía una envidia pueril por aquellos que transitaban con toda libertad. En general se sentía a gusto bajo la protección y el calor de su habitación, pero le hubiera gustado poder ver más allá de aquella calle. Las personas que pasaban y despertaban su curiosidad por estar bien o mal vestidas, pronto desaparecían al voltear la esquina.

Una noche en la que no podía dormir se puso a dar vueltas en su habitación y, en la necesidad de moverse y de hallar una distracción, se dirigió hacia la ventana. En la puerta del panadero se había formado una hilera tan larga que parecía una negra mancha a lo largo de la acera. Tampoco en ese momento se compadeció sinceramente de aquella gente que seguramente tenía sueño y no podía irse a dormir. Él tenía una buena cama y aun así no podía conciliar el sueño. ¡Sin duda alguna los de la fila estaban mucho mejor!

Por esos días sucedió lo de Caporetto. Las primeras noticias del desastre las recibió de su médico, que había ido para lamentarse en compañía de su viejo amigo, al que creía capaz de sentir lo mismo ¡Pobre doctor! Al contrario, el viejo no vio en aquel suceso más que un beneficio: la guerra se alejaba de Trieste y por consiguiente de él. El médico lloraba diciendo: «¡Ni siquiera veremos sus aviones!». Luego el viejo murmuraba: «¡En efecto! Tal vez no los veamos más». Sentía en su fuero interno la alegre esperanza de noches tranquilas, pero su rostro trataba de imitar el dolor que veía reflejado en la cara del doctor.

En la tarde, cuando se encontraba bien, recibía a su representante, un antiguo empleado que gozaba de toda su confianza. En los negocios el viejo permanecía suficientemente lúcido y enérgico, por lo que el empleado creía que la enfermedad no era demasiado grave y que, tarde o temprano, su jefe retornaría al trabajo. Pero la energía que empleaba en sus asuntos era la misma que destinaba al cuidado de su salud. La más leve indisposición lo obligaba a posponer sus tareas para el día siguiente. De esta manera, para

estar mejor procuraba olvidar los negocios inmediatamente después de haberse marchado su empleado. Se sentaba frente a la estufa y se entretenía viendo arder los trozos de carbón que él mismo arrojaba. Luego cerraba sus ojos encandilados y volvía a abrirlos para retomar el mismo juego. De esta manera pasaba las tardes de aquellos días tan vacíos.

Pero su vida no debía acabar de este modo. Algunos organismos están destinados a no dejar nada a la muerte, que al llegar no encuentra más que un cuenco vacío. Todo cuanto podía arder fue consumido y la última llama fue la más hermosa.

VII

El viejo observaba la calle desde su ventana. Era una tarde sombría. El cielo estaba cubierto por una neblina grisácea y, a pesar de que no llovía desde hacía dos días, el pavimento estaba mojado. La fila de los hambrientos empezaba a formarse delante de la puerta del panadero.

La casualidad quiso que la jovencita pasara justo en frente del balcón que él ocupaba. Iba sin sombrero, pero al viejo, que no habría sabido reconocer ninguna particularidad de su atuendo, le pareció que iba mejor arreglada que en los tiempos en que la amaba. La acompañaba un joven vestido exageradamente a la moda, enguantado, con una fina sombrilla que puso en alto dos o tres veces para acompañar una conversación evidentemente animada. También la jovencita charlaba y reía.

El viejo miraba y respiraba con dificultad. Ya no era la vida de los otros la que pasaba por la calle, sino la suya. Su primer instinto fue el de los celos. Ya no se trataba de amor, sino de los más abyectos celos: «Ella se ríe y se divierte mientras yo permanezco enfermo». Habían pecado juntos, pero era él el que había enfermado, ella no. ¿Qué hacer? Ella continuaba con su paso ligero y pronto llegaría a la vuelta de la calle donde desaparecerían. Por eso el viejo acezaba. ¡Ni siquiera había tiempo para aclarar sus propios pensamientos y ya sentía la necesidad de hablarle y sermonearla!

Cuando la jovencita y su compañero desaparecieron, el viejo quiso terminar con aquella agitación que podía perjudicarlo y se dijo: «¡Mucho mejor! ¡Ella vive y se divierte!». Pero había dos mentiras en aquellas pocas palabras: primero, daban a entender que él, durante su enfermedad, se había preocupado de la suerte de la jovencita, y segundo, que él sentía satisfacción al verla pasar así, divirtiéndose por la calle. No pudo recuperar su calma. Permaneció en la ventana mirando el lugar por donde la jovencita había desaparecido. Si hubiera regresado la habría llamado desde la ventana. No hacía demasiado frío y a él le parecía necesario verla. Alguien, receloso, desde su interior le preguntó: «¿Para qué? ¿Quieres recomenzar?». El viejo

se echó a reír: «¿Desearla? Ni en sueños». Pero seguía mirando hacia el mismo punto con una actitud propia del deseo más intenso. «Yo», pensó, convencido esta vez de decir la verdad, «estaría completamente tranquilo si supiera que el joven la ama y quiere casarse con ella».

Nadie, ni siquiera él mismo habría podido descifrar sus sentimientos, apasionadamente resentido como estaba, con la jovencita y consigo mismo. Veía claramente que en el comportamiento de la muchacha estaba involucrada su propia responsabilidad. Trató de no sentirse culpable recordando que él le había predicado un poco de moral, olvidando el resto. Para recuperar la tranquilidad debía repetirle con mayor claridad –a ella, porque que él ya no lo requería– los preceptos morales que podía haber olvidado. Sin embargo existía el peligro de que ella hubiera olvidado sus palabras y no sus acciones.

Corrió a la mesa para escribirle que viniera a su encuentro. ¿Por qué no? La habría recibido con serenidad, como hacía con los empleados de su oficina, recomendándole que tuviera más cuidado con su propio destino.

Con la pluma en la mano se sintió incómodo. Quería hacerle entender que la carta no provenía de un amante sino de un viejo respetable que por su bien la invitaba a venir a su casa. Tomó una tarjeta de invitación y bajo su propio nombre escribió dos palabras. Dejó la tarjeta sobre la mesa y volvió a la ventana. Habría sido mejor que pasara de nuevo por la calle. Existía el peligro de que no correspondiese a aquella extraña invitación. Era importante que ella acudiera, importante para él.

Regresó a su escritorio y le escribió la misma carta que le había mandado tantas veces. Se ruborizó al revivir su culpa de una manera tan tangible. Sin embargo no debía guardar ningún recato con aquella niña. Le bastaba con inducirla a venir para sacarla después de su propio destino. Es más, para limpiar su destino de una presencia tan incómoda no hacía falta otra cosa que decirle claramente –más claramente de lo que hubiera podido hacerlo en el pasado–: «En cuanto a mí concierne, te pido ser virtuosa conmigo y con todos». Después le sería fácil no pensar más en ella.

Buscó la calma haciendo definitiva su propia resolución. Encontró la manera de despachar la carta sin hacerla pasar por las manos de su

enfermera. La cita era para el día siguiente a la última hora del atardecer. Las primeras horas estaban dedicadas a su curación.

Volvió a la ventana. En el deseo de limpiarse la conciencia de cualquier reproche, revivió con el pensamiento la historia de sus relaciones con la jovencita. Habría sido extraño atribuirle importancia. Había sido demasiado fácil tenerla. Una aventura muy común pero no para su vida, teniendo en cuenta la juventud y la belleza de la muchacha. «Es cierto», pensó el viejo, «los otros son peores que yo, y hoy, después de todo, soy superior a los demás». Se jactaba de no sentir ningún deseo, y mucho más, de llamar a la jovencita para hacerle un bien.

Le daría dinero. ¿Cuánto? Dos... tres... quinientas coronas. El dinero hacía falta por lo menos para adquirir el derecho a educarla. Luego la pondría en guardia contra los amores desordenados. Aunque ya le había advertido antes sobre estas relaciones, era necesario olvidar que, entonces, él había intentado incluir su amor entre los permitidos.

Sobre la calle se desarrolló una escena que llamó su atención. Había divisado desde lejos a sus protagonistas porque venían desde el lugar que él estaba mirando. Un niño de tal vez ocho o diez años, descalzo, bajaba la calle llevando de la mano a un hombre visiblemente borracho. Parecía que el niño era consciente de su responsabilidad. Avanzaba con un paso corto pero resuelto. De vez en cuando volteaba hacia atrás para ver al hombre que parecía convencido de tener que seguirlo, luego miraba hacia delante y continuaba su camino. Ciertamente sabía que era él quien debía dirigir la situación. Así, llegaron bajo la ventana del viejo. En ese momento el niño bajó del andén para caminar mejor, pero el hombre no lo siguió rápidamente y sus brazos enlazados fueron a chocarse con el poste de un farol. Tardíamente el muchacho comprendió que debía retroceder para ir al paso del hombre. Tenía prisa y probablemente le hizo daño al borracho apretando su mano contra el poste. Este, poseído de un ataque de furia, se soltó del niño, propinándole una patada que lo derribó. Por fortuna su embriaguez le impedía moverse con rapidez, evitando una nueva arremetida. El niño, tirado en el suelo, se tapaba puerilmente la cara cubriéndola con su brazo, mientras

lloraba miraba aterrorizado a aquel borracho que, inclinado sobre él, no lograba mantener el equilibrio.

En su balcón, el viejo fue invadido por el terror. Olvidando por un instante el cuidado de su salud, abrió de par en par la ventana y con voz ronca se puso a gritar pidiendo auxilio. Sin tardanza, de la fila de la puerta del panadero acudieron tantas personas, que de repente el viejo no podía ver ni al niño y ni al borracho. Cerró la ventana, llamó a la enfermera y, jadeando, se tiró sobre un sillón. Era demasiado para él. Las piernas ya no lo sostenían.

En su larga soledad había acariciado una gran ambición, creyéndose bueno y superior a los demás, pero sólo ahora experimentaba una sensación de bondad instintiva, verdadera y sorpresivamente nueva. Por un breve instante permaneció bueno y generoso sin que su sentimiento fuera oscurecido por la vanidad. Es cierto que no hizo nada por acercarse a aquel niño necesitado de socorro y cobijo. No lo pensó siquiera, pero en su interior contempló con turbación la pueril figura derribada. Descubrió en su memoria un detalle que sirvió para acrecentar su piedad: había visto el llanto del niño, pero no había escuchado ningún grito. Tal vez el niño se avergonzaba de ser castigado en público y su vergüenza, que le impedía atraer la atención de los otros, era más fuerte que su terror. Pobre y pequeño ser, al que el temor hacía más inerme.

Pronto el viejo regresó a sus ocupaciones habituales: a la cura de sí mismo. Mientras tanto, el sentimiento de generosidad le había ensanchado tanto el pecho, que pudo comprobar el beneficio de haberse abandonado de esa manera. Para prolongar el efecto le habló a su enfermera de aquella aventura. Dijo haber salvado a aquel niño: «Si yo no hubiera gritado, aquel hombre lo habría despedazado». Por el contrario, era posible que su grito ronco no hubiese llegado ni siquiera hasta la calle.

Su pensamiento retornó a la muchacha y, de alguna manera, relacionó en su mente al niño maltratado con la jovencita que en la misma calle había sido arrastrada a la perdición por un petimetre. La compasión por el niño lo llevó a reprocharse no haber hecho otra cosa que abrir la ventana y gritar.

Se libró de tal peso reflexionando: «¡Bastante tengo con mi propia desgracia!».

Permaneció insomne toda la noche hasta el amanecer. No sufría mientras yacía meditando. Sin encontrar la causa, comprendió claramente que su conciencia no estaba tranquila. Decidió darle una suma mucho mayor a la muchacha. Creía que bastaría con inducirla a sentirse agradecida para recobrar la paz de la conciencia.

Cerca del amanecer se durmió y tuvo un sueño: caminaba bajo el sol llevando de la mano a la bella joven, tal como el borracho iba de la mano del niño. También ella se adelantaba un poco, lo que le permitía verla mejor. Estaba hermosa, vestida de coloridos harapos como el primer día en que la vio. Caminaba golpeando el suelo con sus pequeños pies y a cada paso resonaba la campanilla de alarma como aquel día sobre la avenida de Santa Andrea. El viejo, que hasta el momento había caminado con paso lento, se esforzó por alcanzarla. Poco a poco se convertía en la mujer de su deseo, toda, con sus harapos, con su paso, y hasta con aquel sonido brillante de la campanilla que llevaba atada a su pequeño pie. Luego se sintió súbitamente cansado y quiso soltar su mano de la de la joven. En cuanto lo hizo rodó por el suelo. La muchacha, como un autómata, se alejó de él sin ni siquiera mirarlo, con el mismo paso siempre acompañado por la campanilla de alarma. ¿Entregaría su sexo a otros? En el sueño eso no le importaba. Se despertó cubierto de sudor como la noche de la terrible angina en el pecho.

«¡Sucio! ¡Ay! ¡Sucio!», gritó asustado de su propio sueño. Quiso aquietarse recordando que el sueño no pertenecía al que lo soñaba, sino que era enviado por potencias ocultas. Sin embargo la suciedad era evidentemente suya. Tuvo mayores remordimientos por el sueño que por aquella realidad en la que había colaborado conscientemente. En medio de las curaciones que ocupaban la mañana y, sin poder liberarse del recuerdo del episodio nocturno, tuvo una idea: entre el muchacho derribado y abatido, y la muchacha del sueño que como un autómata ofrecía su belleza, existía una analogía. «¿Y entre el borracho y yo?», se preguntó el viejo. Quiso sonreír ante la imposible comparación. Luego pensó: «Todavía puedo compensar mi falta beneficiándola e instruyéndola mejor».

En el transcurso del día tuvo nuevas dudas. ¿Y si en la vida real tuviera que comportarse como en el sueño? Es cierto que los sueños son ordenados por otros y que no somos responsables de ellos, pero él era lo suficientemente viejo como para saber que, en ciertas ocasiones, en la realidad, uno tampoco se reconoce a sí mismo. Por ejemplo él se había involucrado en aquella historia después del memorable paseo en el muelle donde tuvo propósitos muy distintos. Así que, si sus propósitos actuales no tuvieran mayor eficacia que los de entonces, adiós paz, adiós salud y claro está, adiós vida.

Pero en este punto brotó en el viejo una decisión verdaderamente noble. Resolvió abandonar la vida antes que regresar a su rutina solitaria en medio de los medicamentos. Hoy, particularmente después de aquel sueño, se sentía con más ganas de vivir y de actuar. Hoy, si hubiera sido testigo nuevamente del maltrato del niño, no habría sabido mantenerse en reposo como el día anterior. Pensó además que, una vez que hubiera aclarado su situación con la muchacha, podría encontrar y ayudar también al jovencito. Pero por el momento el asunto era demasiado complicado y deseaba recibir la visita de algún amigo influyente que se hiciera cargo de las investigaciones necesarias. Había tantos niños cercanos que se encontraban en circunstancias similares. Pero el viejo no pensó en esto, y se olvidó pronto de aquel por quien sentía simpatía al haberlo visto lastimado.

Le mencionó al médico parte del episodio de la noche anterior. El viejo amigo, que cada día encontraba la manera de descubrir algún indicio de una pronta mejoría, sonrío: «Si la salud regresa, vuelve la juventud».

«¿Así que de esta manera inicia la salud y la juventud?», preguntó el viejo lleno de perplejidad. «¡Pues bien!». De aquella juventud él no quería saber nada. Por el contrario, quería la calma, la serenidad, la verdadera salud. Ante todo, quería liberarse del arrepentimiento que sentía por el comportamiento que había tenido con la jovencita. El doctor no podía adivinar que ahora su paciente estaba decidido a curarse a su manera; tampoco el viejo habría podido decírselo. Él mismo no sabía que se encaminaba hacia un nuevo tratamiento.

Por la tarde tuvo un sueño largo y reparador. Se despertó sonriente como un niño de aquel descansó inocente y sin imágenes. Luego dispuso la cena para la jovencita justo como la primera vez. Aunque tuvo un momento de indecisión antes de los preparativos, pensó que tarde o temprano la muchacha tendría que escuchar palabras duras y sermones menos placenteros y que, por lo tanto, estaba bien ofrecerle como compensación lo que ella tanto apreciaba. De esta manera abrió con esmero las cajas que por tanto tiempo había reservado. Sonreía mientras las vaciaba sobre la mesita de siempre: trataba de adornar la medicina que a la jovencita podía resultarle demasiado amarga.

La enfermera se alarmó al ver tantos preparativos. ¿No tenía el deber de avisarle al doctor? El viejo la tranquilizó con un aire de superioridad. Su último sueño había sido tranquilo y su última pesadilla había sido olvidada. Por eso el temor de la enfermera no lo inquietaba. Le dijo que ella podría presenciar la entrevista desde la habitación contigua. Por primera vez habló claro acerca del pasado, confesando lo que ella ya sabía o por lo menos sospechaba: «Los errores de la juventud deben olvidarse. De todas maneras ya no se pueden repetir». Pero la enfermera no se tranquilizó. Aunque no le faltaba nada en aquella casa, le molestaba ver preparados para otra platos tan deliciosos. Venenosamente contestó: «¡Según usted hace cinco meses era joven!».

«¿Sólo han transcurrido cinco meses desde entonces?», preguntó el viejo, asombrado. Le parecía que había pasado un siglo desde la última visita de la jovencita. Hizo la cuenta y comprobó que aquel período de tiempo no completaba siquiera cinco meses. No le respondió a la enfermera, pero dudó de ser viejo habiéndose sentido tan joven cinco meses atrás. No dudó, sin embargo, de su sincero deseo de rectitud y bondad.

VIII

La jovencita, como siempre, llegó puntual a la cita. El viejo no tuvo la misma ansiedad del pasado al esperarla. Eso lo consolaba: si en el sueño se había figurado cierta excitación sexual, la realidad –ahora estaba seguro– se presentaba de otra manera. Sin embargo se sorprendió al darse cuenta de la enorme emoción que le causaba volver a ver el querido rostro de la joven. Ahora se percataba de que era imposible asumir con ella, como se lo había propuesto, el papel de jefe de oficina. Estuvo a punto de desmayarse. ¡Cuán encantadora era aquella carita de grandes ojos, de la que conocía cada línea por haberla besado, y cuán armoniosa aquella voz, oída cuando acompañaba actos por los que ahora sentía remordimiento! No encontró palabras para saludarla y durante largo tiempo tuvo en sus manos la pequeña mano enguantada. ¡Era tan bello el amor!... ¿Surgía en él una nueva y última juventud? ¿Una nueva cura, más eficaz que todas?

Luego la miró. Su rostro le pareció menos fresco. Alrededor de la boca, que cinco meses atrás le pareció una flor recién abierta, algunas líneas habían cambiado. La boca se había alargado hacia los lados y los labios parecían menos gruesos. ¿Había algo de amargura? ¿Tal vez rencor hacia él? Tal vez porque –ahora lo recordaba– le había prometido amor y protección y, súbitamente, se había desentendido de cualquier compromiso. Por esta razón sus primeras palabras fueron dichas para pedir perdón. Le contó que aquella vez, cuando le había escrito que debía dejar la ciudad, en realidad había enfermado. Describió la terrible angina de pecho, que estaba ya tan lejana, como si la hubiera padecido el día anterior. De alguna manera mintió, pero sólo para estar seguro de que conseguiría enseguida su perdón.

Ella, sin embargo, no había guardado rencor alguno. ¡Todo lo contrario! Hizo el gesto de querer besarlo en la boca, pero él le ofreció la mejilla, rozando la suya con los labios. «¡Qué pena!», dijo ella, «hubiera sido mejor que te fueras y no que enfermaras». Él, para verla mejor, la hizo sentarse al otro lado de la mesa. La madre naturaleza debió relacionar el que los viejos

no vean bien las cosas que tienen cerca con el propósito de que no puedan tenerlas al alcance de la mano.

Luego notó con asombro que los bucles, que el día anterior había visto moverse al aire libre, ahora estaban cubiertos por un sombrero elegante, adornado con plumas de colores finos y sobrios. ¿Cómo había podido ocurrir aquella transformación en Trieste, donde hasta el sombrero de las mujeres marcaba la clase a la cual pertenecían? ¿Venía a su casa con sombrero y no lo portaba al caminar por las calles? ¡Qué extraño! ¡Cómo había cambiado su manera de vestir! Ella ya no era una muchacha del pueblo sino que pertenecía a la burguesía, tanto por su sombrero como por su vestido de talle elegante y abundantes telas de moda, justo cuando más escaseaban. Es más, aquellas medias de seda transparente, que poco protegían las piernas del frío, y esos zapatos de charol también pertenecían a la burguesía, pero a una un poco degenerada. No sólo por afecto el viejo no supo asumir el aire huraño que había premeditado, sino también por cortesía. Ella era, sin lugar a dudas, la persona más elegante con la que hablaba en mucho tiempo. Él, por el contrario, estaba cómodamente vestido, sin llevar el corbatín que tanto lo afligía. De manera instintiva se llevó las manos al cuello para asegurarse de tener la camisa abotonada.

¿De dónde pudo venir el dinero que hacía falta para adquirir todas esas prendas elegantes? En vez de pensar en lo que tenía que decir, el viejo se abstraía haciendo cálculos. ¿Cuánto dinero le había entregado cinco meses atrás? ¿Bastaba esa suma para explicar tanto lujo?

Ella lo miraba sonriendo y parecía estar a la expectativa. Había decidido no asumir, por el momento, el aspecto del mentor, pues consideraba suficiente amonestación dar ejemplo de virtud. Al no saber qué otra cosa decir, le preguntó: «¿Sigues todavía en el tranvía?».

Al principio pareció que no había escuchado bien: «¿En el tranvía?». Luego recordó. No era un trabajo apropiado para una joven. Lo había dejado hacía bastante tiempo.

Él la invitó a comer. Fue una manera de ganar tiempo, ya que tenía la duda de si debía reprocharle haber abandonado el trabajo. Mientras ella se

quitaba lentamente los guantes para disponerse a comer, él le preguntó: «¿Y qué haces ahora?».

«¿Ahora?», preguntó la jovencita titubeando. Luego sonrió: «Ahora estoy buscando un empleo y tu deberías procurármelo».

«Por supuesto», dijo el viejo, «en cuanto esté mejor te llevaré conmigo a mi oficina. ¿Sabes un poco de alemán?».

«¡Ah sí! ¡el alemán!», dijo ella riendo sinceramente, «nosotros hemos comenzado a querernos gracias al alemán y podríamos continuar estudiándolo juntos». Fue una propuesta que él fingió no entender.

Ella empezó a comer con muy buenos modales. Usaba el cuchillo y el tenedor con gran seguridad, y a su boquita llegaban en justa medida los bocados, contrario a las anteriores cenas, cuando partía y tomaba los alimentos con las manos. Al viejo le pareció que era un motivo de complacencia encontrarla ahora tan refinada.

Seguía vacilante. ¿Si seguía riendo junto a ella, a dónde iría a parar? Para no ofenderla le habló sólo de su propia culpa: «Si aquel día me hubiera acercado sólo para aconsejarte, por tu bien...».

El simple sentido común de la jovencita objetó algo que, más tarde, ocuparía el pensamiento del viejo: «Pero si tú no te hubieras enamorado de mí, ni siquiera te habrías acercado». En efecto, él reconoció que, si el deseo no lo hubiera retenido en aquel vagón del tranvía, habría bajado en el Tergesteo sin advertir que la jovencita podía necesitarlo.

Ella no había tomado muy en serio sus palabras porque al momento le dijo: «¿Estaba bonita en aquel tranvía? ¡Di la verdad! ¡Te gusté mucho!». Se levantó y fue hacia él, acariciándole la mejilla que aquel día estaba rasurada. Él no podía dejar de corresponder a la caricia y apoyó la mano bajo su mentón.

Quiso retomar el hilo de su discurso: «Yo era demasiado viejo para ti y debí darme cuenta».

«¡Viejo!», protestó ella. «¡Yo te quise porque me gustó tu aspecto distinguido!». Ante el halago él sonrió con verdadera alegría. Sabía que, aunque era viejo, poseía una figura distinguida y se complacía por ello.

«Si tu quisieras –agregó ella mientras comía– podrías adoptarme como tu hija, aún estamos a tiempo. ¿No sería acaso una hija hermosa?».

Cada palabra que ella pronunciaba encerraba una gran presunción y a él le pareció que la niña del pueblo habría actuado diferente. La jovencita de harapos que él había seducido era mucho más pudorosa. Mientras comía encontraba tiempo para extenderse sobre el sillón, poniendo a la vista del viejo sus piernas elegantemente calzadas. ¿Adoptarla? ¿A una mujer que, sin vergüenza alguna, le mostraba unas piernas que no le interesaban?

La indignación lo tornó más elocuente: «Aquel día me acerqué para hacerte un favor y encaminarte hacia una vida mejor. ¿Recuerdas que te hablé de empleo y estudio? ¿Lo recuerdas? Luego la pasión prevaleció. ¿Recuerdas además que en la primera cita quise hablarte acerca del trabajo, igual que la segunda vez y cada vez que nos encontramos? Luego te advertí que debías estar atenta, sin dejarte arrastrar por amores desordenados. ¿Recuerdas?». Había dicho eso sin ningún esfuerzo, aunque su amor también había sido desordenado.

Al ver que la jovencita se acordaba de lo que él quería, respiró. Le parecía estar limpio de toda culpa y creía que ahora podía enseñarle algo de moral a la muchacha sin encontrar obstáculo en el ejemplo que él mismo había dado. Con la enfermera había sido sincero, excusándose de sus antiguos errores por su juventud. En cambio con la jovencita pretendía borrar sus equivocaciones con las mismas palabras que las habían acompañado.

Creyó que había logrado su cometido y lo invadió una alegría indescriptible. Imaginaba que podría ver de manera objetiva el mundo entero, encontrándose finalmente lejos de todos los compromisos a los que lo había empujado su propia debilidad. No obstante, si en realidad hubiera sido el observador objetivo que creía, se habría alegrado al darse cuenta que en la niña todavía quedaba algo de popular, simple e ingenuo. Ella siguió comiendo con buen apetito y mencionó todo aquello que él quería olvidar. Aunque no se sorprendió con sus palabras, no entendía por qué el viejo hablaba de esa manera. Tampoco se habría sorprendido si él hubiera empezado a besarla y abrazarla como antes. Bien podía ser que como en el

pasado tenía la costumbre de predicar luego de hacer el amor, ahora, luego de su grave enfermedad, hubiera decidido actuar de manera inversa. En todo caso no era de su incumbencia entender la razón de aquella conducta.

Ella aseguró que siempre había tenido en cuenta sus recomendaciones. No las había olvidado y jamás se había entregado a desordenados amoríos. Lo decía serenamente, sin dejar de comer y sin analizar el rostro de su interlocutor para comprobar si le creía.

Él no le creía, pero se sentía en la obligación de demostrarle un poco de gratitud al haber sido tan condescendiente con él. «Está bien», le dijo, «estoy muy contento por ti. Me haces un verdadero regalo al conservarte honesta, ya verás que estaré muy agradecido». Le pareció haber hecho mucho en aquella cita. Lo demás se podía dejar para el día siguiente, después de tomarse el tiempo necesario para reflexionar. Aun así no supo cómo cambiar el discurso, no sólo porque los viejos son como los cocodrilos, que no cambian fácilmente de dirección, sino porque con la jovencita ya no le quedaba más que un vínculo. En el fondo con ella no había tenido más que un lazo, sólo que ya no era el mismo. «¿Y quién era el joven con el que pasaste ayer bajo de mi ventana?». Tardó en recordar que había pasado por esa calle. Se acordó luego de hacer un esfuerzo de memoria, más bien razonamiento: tuvo que pasar por ahí para llegar a otro lugar desde su casa. El jovencito era un primo suyo que regresaba de sus estudios, un chico que no merecía ninguna importancia.

De nuevo él no le creyó, pero le pareció que por el momento era mejor no insistir. Antes de despedirla –con el pretexto de un gran cansancio– le dio dinero, pero esta vez no lo introdujo en un sobre sino que lo contó esmeradamente sobre la mesa. Miró a la niña para poder alegrarse de su gratitud pero no encontró mucho de eso. En primer lugar a ella siempre le repugnaba hablar de dinero y, puesto que desviaba la mirada, el viejo tuvo que insistirle para que presenciara el conteo. Además, a decir verdad, la suma no era grande porque con ese dinero podían comprarse a lo sumo los zapatos que la jovencita llevaba.

IX

Cuando quería poner orden a sus ideas, el viejo solía charlar con la persona que tenía más cerca, que siempre resultaba ser su enemiga y su única compañía: el ama de llaves. Por eso le contó que se sentía aliviado, pues la jovencita aún recordaba las lecciones de moral que él le diera tiempo atrás, y no se detuvo ante la fulminante mirada de desconcierto que su enfermera le lanzó. Luego le contó serenamente, como si estuviera pensando en voz alta, que desde entonces procuraría ayudar a la muchacha e incluso le confesó la suma de dinero que le había dado ese día de forma provisional.

La asistente montó en cólera. Se volvía despiadada cada vez que oía nombrar a la joven. Comenzó por despreciar la suma de dinero que a él le había parecido tan llamativa. Fue poco sagaz –como después se verá– aunque en ese momento la guiaba cierta política suya con la que aspiraba a un aumento de sueldo. Ciertamente el viejo aún no había podido comprender cómo el dinero se había vuelto más ruin que nunca. Luego terminó por añadir: «En lo que a ella respecta –haciendo con la mano un gesto de desdén–, le resulta fácil recordar las bellas lecciones de moral que usted le dio, ¡y sí que las ha aprovechado bien!».

Para el viejo ese segundo comentario fue menos importante que el primero. Le parecía imperdonable haber sido corrompido por la avaricia justo cuando había querido mostrarse tan generoso. Si era cierto lo que la doméstica decía, se había equivocado terriblemente porque esa suma debía simbolizar su propia redención, que no podía pagarse con un monto precario.

Este fue su primer motivo de aflicción, después de haber abrigado tantas esperanzas de alcanzar la paz. En el fondo, el remordimiento no es más que el resultado de la forma en que nos vemos reflejados en el espejo. Y él se vio miserable y minúsculo. Siempre había pagado muy poco a la muchacha. Ciertos placeres exigen que los hombres generosos asuman compromisos equivalentes. Recordó que, para no asumir ninguno en el pasado, ni siquiera fijaba de antemano sus encuentros con ella, de manera que cuando tuvo

suficiente le bastó con no volver a llamarla. Otros hombres acostumbran pagar a las mujeres una cantidad para todos los días, ya que deben alimentarse incluso cuando nada se pide de ellas. Él, en cambio, la había hecho trabajar en el Tranvía para que pudiera comer a diario, pagándole luego una suma que consideraba generosa pues, en su opinión, no le debía más que el precio de algunas horas. Así era como él había llevado aquella aventura que, para atenuar su aspecto obsceno, quiso llamar «verdadera».

Le pareció que su verdadero remordimiento era ese y no el hecho de que él, un viejo, se hubiera apasionado por una jovencita. ¿Por qué habría tenido que atormentarse si se hubiera llevado a la muchacha con él y le hubiera dado el trabajo de su detestable cuidadora? El viejo sonrió; con un poco de amargura, pero sonrió. ¡La joven por siempre junto a él! La grave angina se hubiera manifestado mucho antes, pero eso ya no sucedería porque estaba seguro de poder vivir junto a la muchacha sin temer ninguna tentación. Sólo que ahora le fastidiaba tanto que se empeñara en adoptar aquellos aires de mujer fatal, que ya no habría podido soportarla mucho tiempo junto a él.

En el pasado, en cambio, por haberla amado, su deber hubiera sido tenerla a su lado y darle una mejor educación. Así actuaban los jóvenes, mientras los viejos amaban y escapaban después o desechaban al objeto de su amor.

¡Qué ridículo tenía que haberse visto cuando la obligó a presenciar el conteo de la gran suma que le ofrecía! Todavía podía repararlo. De inmediato ordenó a su empleado que preparara una cantidad considerable de dinero para el día siguiente.

Podía reparar algo más. Si sólo demostraba por ella un afecto paternal incluso podía intentar educarla. Se sentía con la fuerza para hacerlo. Sólo debía prepararse bien antes de la próxima cita. Desde ahora ya no le interesaría recordarle esas estúpidas palabras con las que solía acompañar las manifestaciones de su propia corrupción. Había sido débil con ella, siempre obsesionado con el insensato deseo de parecer puro.

Se quedó meditando un poco más en el sillón. Le hubiera resultado conveniente comentar con alguien sus propósitos antes de ponerlos en práctica. Hasta en los negocios acostumbraba consultar con su representante para tener una visión clara de lo que quería. Pero en este asunto, que él había

emprendido solo, no podía contar con el consejo de nadie. Era evidente que no debía discutirlo con su enfermera.

Y fue justo de esta manera como en sus años postreros nuestro buen viejo se volvió escritor. Aquella noche sólo escribió algunas notas para la conversación que quería sostener con la muchacha. Fue bastante breve: confesaba sus culpas sin atenuarlas. Él había querido disfrutarla y sustraerse a cualquier obligación hacia ella. Esas eran sus dos culpas. ¡Era tan sencillo escribirlo! Pero, ¿habría tenido el coraje de repetírselo a la jovencita? ¿Por qué no, si estaba dispuesto a resarcirla? Pagaría con dinero y pagaría con su propia persona, educándola y protegiéndola. Aquel señorito no tendría tan fácil el juego. Y he aquí que mientras el viejo escribía salió a la luz aquel que también debía tener parte en sus dolores y remordimientos.

Primero escribió sus apuntes a lápiz y luego los transcribió cuidadosamente a pluma. En su habitación los manuscritos no corrían peligro porque la asistenta no sabía leer. Al escribirlos a pluma les añadió lecciones generales de moral un tanto aburridas y retóricas. Le parecía haberlos corregido y completado; por el contrario, los había destruido. Pero esto era inevitable en un principiante. En el pasado el viejo había sido un insensible. Ahora que la enfermedad había desequilibrado su organismo se sentía inclinado a proteger a los débiles y, al mismo tiempo, a la propaganda. De un momento a otro se convenció de que tenía algo que decir, y no sólo a la jovencita.

Releyó el manuscrito y, para ser sinceros, se sintió desilusionado. Pero su decepción no fue absoluta porque creyó haber pensado bien, aunque hubiera escrito mal, lo que indicaba que en un segundo intento podría mejorarlo. Pensó que, por lo pronto, sus notas podían servirle con la jovencita. Para él, que desde que abrió los ojos a la razón tuvo que oír cátedras de moral, su texto no era más que una bazofia. Probablemente para ese entonces la joven estaba cansada de muchas cosas de este mundo, pero no de la moral. Tal vez aquellas palabras que había escrito con total convicción, pero que al leerlas ya no sentía, habrían logrado conmoverla.

También aquella noche fue agitada, más no desagradable. El insomnio prolongado siempre tiene algo de delirante. No todas las células permanecen

en vela. Ciertas realidades desaparecen, mientras que las que acompañan al insomne se desarrollan sin freno. El viejo se sentía complacido en su papel de gran escritor. Estaba seguro de tener algo que decir al mundo, pero en aquel estado de duermevela no sabía exactamente qué. Aun así era consciente de estar medio dormido y de que el día y la luz estaban por llegar para aclarar sus ideas.

Cuando finalmente logró dormirse, llegada la mañana, tuvo un sueño que comenzó bien pero que tuvo un final terrible. Se encontraba en medio de una multitud de hombres que formaban un círculo en la gran plaza de armas. Él les presentaba a la jovencita a todos, vestida con sus harapos de colores, y todos lo aplaudían como si él la hubiera hecho tan hermosa. Luego ella se colgaba de un trapecio que, enganchado a un trole, dibujaba círculos justo por encima de toda esa gente. Mientras ella pasaba todos le acariciaban las piernas. También él esperaba con ansiedad aquellas piernas para acariciarlas, pero nunca se aproximaban a él y, cuando por fin lo alcanzaron, ya no las deseaba. Todas aquellas personas empezaron a gritar. Gritaban una sola palabra que no logró comprender hasta que se vio arrastrado a gritarla también. Gritaban «¡Auxilio!».

Se despertó bañado en un sudor frío. La fuerte angina lo crucificaba a la cama: estaba muriendo. La muerte, en aquella habitación, sólo estaba simbolizada por un batir de alas. Era la misma muerte que había penetrado en él junto a esa espada venenosa que se arqueaba sobre su brazo y sobre su pecho. Él era todo dolor y miedo. Más tarde pensó que su desesperación había sido exacerbada por la aflicción que le había generado un sueño tan repugnante. Pero en su inmenso dolor tenían cabida todos los sentimientos que a lo largo de la vida le habían atormentado el alma y, por tanto, también su aventura con la jovencita.

Cuando el dolor y el miedo se desvanecieron, empezó a meditar sobre la suprema inquietud que lo agobiaba. Tal vez creía que sus reflexiones lo encaminarían a la sanación. ¡Qué importante era aquella muchacha en su vida! Por ella había caído enfermo y ahora lo perseguía en sus sueños y lo amenazaba con la muerte. Era lo más importante que había existido en su vida; incluso lo que de ella despreciaba era importante para él. Esas piernas,

que en la realidad lo habían indignado, en el sueño lo corrompieron. En el sueño la jovencita había aparecido vestida con andrajos, pero sus piernas eran las mismas del día anterior, cubiertas con medias de seda.

Vino el médico con sus usuales recetas y con su confiada serenidad habitual e inalterable, ya que de la *angina pectoris* sólo le concernía proporcionar el tratamiento. Declaró que aquel había sido el último ataque: «un dolor intenso es más bien un síntoma favorable, pues en los organismos deshechos ya no se producen grandes dolores». Luego aseguró que se acercaban buenos tiempos. Era verdad que la guerra estaba por concluir y que el viejo podría dirigirse a un lugar adecuado para restablecerse.

La enfermera no olvidó informar al médico de la visita que había recibido el viejo el día anterior. El médico, sonriendo, recomendó no aceptar más visitas similares mientras él no las autorizara.

Con viril firmeza el viejo rechazó la prohibición. Necesitaba que lo curara sin privarlo de nada. La visita no podía haberlo perjudicado; sentía aquella suposición como una ofensa. Enseguida llamaría a la jovencita y seguiría viéndola con frecuencia. El doctor, si hubiera querido, habría podido cerciorarse de que aquellas visitas no fueran nocivas para el viejo.

Tal actitud del viejo, el mismo día en que había padecido tanto sufrimiento, era la manifestación de una verdadera nobleza. Él mismo la sentía como una prueba de fuerza. Los demás no podían saber que la fuerte angina no había sido la aventura más significativa de esa noche. Su vida no podía seguir desarrollándose entre la cama y el diván como hasta entonces. Debía tornarse más intensa y más vasta, de manera que su pensamiento no siguiera girando en torno a su propia persona.

Procuraría seguir las recomendaciones del doctor, pero creía saber que había algo más, indispensable para su curación, y no quería decírselo a nadie.

El médico no quiso contradecirlo porque había aprendido de la experiencia que las discusiones no eran un tratamiento adecuado.

Cuando un gran dolor acaba deja a su paso una gran dulzura, y el viejo lo experimentó ese día. La libertad de moverse y de respirar es una dicha verdadera para quien se ha visto privado de ella, aunque sea por un instante.

En todo caso, ese mismo día encontró el momento para escribir a la jovencita. Le mandaba el dinero que le había destinado al terminar el día anterior y le anunciaba que pronto le enviaría más. Le rogaba no ir a verlo hasta que él la llamara, dado que había vuelto a enfermar.

Ahora sabía que amaba a la muchacha de andrajos de colores, la amaba como a una hija. La había poseído en la realidad y la había poseído en el sueño, más bien en los dos sueños. En ambos –se decía a sí mismo el viejo, sin saber que los sueños se crean en las noches y se realizan en el día– había existido un profundo dolor que tal vez era la causa de las dolencias que lo habían aprisionado: el dolor de la compasión. El destino de la joven estaba marcado y él había contribuido a trazarlo. Por culpa suya ella había recorrido las calles con la campanilla de alarma adherida a sus pies; por su culpa, atada a un trole se había deslizado en ese círculo, ofreciéndose a los ojos y a las manos de los hombres. No importaba que la jovencita que había ido a su encuentro el día anterior no hubiera sabido despertar en su ánimo ningún sentimiento de compasión ni de cariño. Ella se había hecho así, y él necesitaba salvarla transformándola en la muchacha buena y adorable que había sido, que –¡por desgracia!– había sido suya, pero que ahora él amaba por su debilidad, por esa fragilidad que pedía protección y cariño.

¡Cuánta dulzura le producía tal propósito! Una dulzura que invadía todas sus fibras y que transformaba todas las cosas y a todas las personas, incluso a su asistenta y a la enfermedad que creía poder combatir.

Al día siguiente llamó al notario y redactó un testamento en el cual, salvo algunos legados que le parecieron importantes y que frente a su patrimonio resultaban exiguos, dejó todo cuanto poseía a la muchachita. De este modo ya no tendría ninguna necesidad de venderse.

La educación de la joven debía comenzar cuando él, después de verse recuperado, estuviera en capacidad de dársela. Empleó varios días en rehacer las notas que había elaborado el día anterior y que debían servirle de apoyo para la prédica que quería dar a la joven. Más tarde los destruyó al no sentirse satisfecho. Ahora sabía exactamente cuál había sido el error cometido por los dos, que en él había engendrado la enfermedad y en ella la depravación. No era el hecho de no haber pagado adecuadamente por su

amor o el haber abandonado a la muchacha lo que le pesaba en la conciencia. Se había equivocado en su forma de acercarse a ella. Ese era el error que debía analizar. Fue así como comenzó a escribir nuevas notas sobre las relaciones que debían y podían establecerse entre jóvenes y viejos. Él no se sentía con el derecho de prohibir el amor a la muchacha. Para ella el amor aún podía ser honesto, pero para eso era preciso prohibirle todo amor desordenado y, ante todo, el amor con los viejos. Durante algún tiempo intentó sacar de sus apuntes a los viejos, a los que debía evitar, y también a aquel señorito de la sombrilla fina que no había olvidado todavía. Eso le complicaba la tarea y hacía que sus apuntes fueran menos confiables y precisos. El jovencito terminó por desaparecer de sus notas y quedaron solos, cara a cara, el viejo y la muchacha.

El tiempo transcurría, pero él nunca se sentía preparado para llamar a la jovencita. Había escrito demasiado, pero ahora necesitaba poner orden en aquellas notas suyas para que estuvieran a su alcance en el momento en que las requiriera. Cada semana hacía que su empleado le entregara a la joven cierta cantidad de dinero y le escribía que no estaba suficientemente restablecido para verla. Nuestro viejo creía estar diciendo la verdad y era cierto que no se sentía bien del todo, aunque nunca peor de lo que había estado antes de la última crisis. Se había propuesto conseguir la perfecta salud del hombre laborioso, pero aún no lo lograba.

Se sentía mejor porque en él había renacido la confianza. Durante cierto tiempo esta confianza se hizo mayor en directa relación con su apego a la vida, es decir, a su trabajo. Un día, releyendo lo que había escrito, surgió en la mente del viejo una teoría, una teoría pura de la que había sido eliminada la muchacha y él mismo. De hecho, la teoría nació precisamente a partir de esta supresión. La jovencita, que no recibía de él más que dinero, pronto perdió toda importancia. Las impresiones más fuertes terminan por dejar en el ánimo sólo un vago eco que deja de percibirse si no se busca y, para aquel entonces el viejo, del recuerdo de la muchacha que había amado y que se había desvanecido, oía surgir un coro de voces juveniles que pedían ayuda. En cuanto a él, experimentó una doble metamorfosis como resultado de su teoría. Principalmente, dejó de ser aquel viejo egoísta que había seducido a

la muchacha para gozar de ella sin pagarle, porque creía ser sólo uno más entre tantos que, con la mejor disposición, hubieran hecho o hacían lo mismo. No era posible padecer más aquella culpa. La suya se confundía entre miles de cándidas cabezas y, bajo aquel candor, en todas se adivinaba la misma malicia. Luego se convirtió en alguien muy distinto a todos los demás. Él era el prominente, el teórico puro, al que la sinceridad había purgado de toda perversión. La suya era una sinceridad fácil, porque no consistía en confesarse, sino en reflexionar y descubrir.

Había dejado de escribir para la muchacha. Hubiera tenido que mantenerse suficientemente insulso para que ella lo comprendiera y no habría valido la pena. Estaba convencido de escribir para la mayoría de las personas y, tal vez, también escribiera para el legislador. ¿No indagaba acaso por un aspecto fundamental de las leyes morales que, en su opinión, debían regir el mundo?

La confianza que el trabajo había vertido sobre su ánimo era inagotable. La teoría era extensa y, por eso, no podía morir antes de haberla concluido. No debía precipitarse, una potencia superior lo custodiaría para que pudiera llegar al final de una obra tan importante. Escribió el título con su bella y amplia caligrafía: *De las relaciones entre la vejez y la juventud*. Más tarde, cuando se dispuso a redactar el prefacio, pensó que debía encargar para la publicación el diseño de una bella portada ilustrativa del título. No encontró la forma de poner ahí el vagón del tranvía, con la jovencita al volante y con un viejo que la apartaba de su trabajo. Era difícil, incluso para el mejor de los dibujantes, expresar esa idea con claridad a partir de esos elementos. Al final llegó la inspiración (no carecía de imaginación en absoluto): la portada debía representar a un niño de diez años guiando a un viejo ebrio. Llamó entonces a un dibujante para que ejecutara la obra sin tardanza. Recibió un adefesio y lo rechazó declarando que cuando estuviera recuperado por completo él mismo buscaría por la ciudad al dibujante apropiado.

Durante los buenos tiempos que habían llegado por fin, el viejo empezaba a escribir desde la primera hora de la mañana. De buena gana suspendía la escritura para someterse a los tratamientos habituales, porque aquello no significaba una interrupción de su trabajo. Nadie podía contener sus

pensamientos, que no dejaban de agitarse. Después retomaba la escritura hasta que llegaba el momento de almorzar, luego dormía durante una hora en el diván con un sueño tranquilo, carente de espejismos, y regresaba a su escritorio para quedarse escribiendo y meditando, hasta que le correspondía dar su paseo diario en coche.

Iba a la Parroquia de Santa Andrea acompañado de su asistenta y, a veces, del médico. Hacía un pequeño recorrido a lo largo de la playa. Miraba al horizonte donde se ocultaba el sol y le parecía que contemplaba la belleza de la naturaleza con otros ojos. Se sentía más íntimamente ligado a ella, ahora que meditaba sobre asuntos trascendentales, que cuando era un hombre de negocios. Miraba el mar de vivos colores y el cielo diáfano y, de algún modo, se asociaba con tanta pureza porque se sentía digno de ella.

Enseguida tomaba la cena y destinaba una hora más para deleitarse con su propio trabajo, releyendo las cuartillas que se iban acumulando en un cajón de su escritorio. En su casta cama, amparado por su teoría, dormía con un sueño imperturbable. Una vez soñó con su jovencita cubierta con harapos de colores y ni siquiera en ese sueño recordó que existiera esa otra muchacha de las medias de seda. Habló con ella en alemán, idioma que ella hablaba de forma comprensible. Tampoco hubo nada provocador aquella vez y eso le pareció la demostración concluyente de una salud recuperada.

Hubiera querido tener a su lado a alguien a quien pudiera leer su obra, para escrutarla a viva voz y en el semblante de otro rostro. Bien sabía que no se presentaría esa posibilidad. La experiencia de escritor que había adquirido le advertía que a su teoría la acechaba un gran peligro: alejarse de la línea señalada por la realidad. ¡Cuántas páginas debía sacrificar cuando dejaba que la música de las palabras lo extraviara! Para ayudarse, escribía en una hoja su punto de partida y la mantenía siempre en frente suyo: los viejos están hechos de tal modo, que la potencia de la que disponen puede volverse dañina para los jóvenes, que son los únicos indispensables para el futuro de la humanidad. Era necesario prestar atención a esto. En vista de que los viejos detentan la fuerza que han conquistado durante su larga existencia, es preciso que la dediquen al beneficio de los jóvenes. Para honrar a la verdad, el moralista se refería precisamente a su propia aventura:

era necesario lograr que los viejos no desearan a las jovencitas en los vagones de tranvía y que, sin dudarlo, se preocuparan por atender su llamado de auxilio. Actuando de otro modo, su vida ahora apasionada y perniciosa hubiera sido casta, aunque de hielo.

Los signos de exclamación que seguían revelaban la dificultad de la tarea que el moralista se había impuesto. ¿Cómo podría demostrarles a los viejos que era su deber proteger, como si de sus hijas se tratara, a esas muchachas que –si fuera lícito– tendrían por amantes? La experiencia revelaba que los viejos sólo estaban dispuestos a tomarse a pecho el destino de aquellas muchachas con las que ya habían compartido la cama. Su tarea consistía en convencerlos de que no era necesario pasar por el amor para llegar al afecto.

El pensamiento del viejo se avivaba: hasta ahora se sentía complacido al considerar que, gracias a la forma metódica en que avanzaba su búsqueda, lograría ver con mayor claridad las particularidades del problema.

Trató de involucrar a la enfermera en su trabajo. No hubiera pedido nada más de ella, sólo que se quedara a escucharlo. Pero le bastó con oír las primeras palabras para ponerse furiosa: «¿Usted todavía se preocupa por esa?».

Era evidente que cualquier teoría iba a morir asfixiada si se empezaba por llamar «esa» a la jovencita que le había dado origen.

Entonces lo intentó con el doctor, que parecía encantado con la teoría. El médico constató una verdadera mejoría en el estado de salud del viejo y, por eso, no podía sino apreciar aquella teoría que consideraba bastante útil, aunque le resultara difícil de aceptar para su propia vida. Viejo también, y, gozando de buena salud, veía la vida con el vigoroso deseo propio de las personas inteligentes y no admitía ser excluido de ninguna de sus manifestaciones.

«En el fondo», le dijo al viejo, «quieres atribuirnos una importancia exagerada. No somos, en absoluto, tan seductores». Miraba al viejo y luego se miraba a sí mismo en el espejo.

«Y después de todo seducimos», dijo el viejo, seguro de su experiencia.

«No es tan malo cuando nos sucede», observó el médico, sonriendo.

También el buen viejo trató de sonreír, pero sólo esbozó una mueca. Él sabía que, por el contrario, algo así entrañaba un mal terrible.

Entonces el doctor recordaba que ante todo él era médico y dejaba de debatir la teoría, esa medicina a la que él mismo había atribuido cierta importancia. Incluso quiso contribuir con ella, pero era natural que, donde intervenía, destruyera los fantasmas del viejo: «Si lo deseas», le dijo, «puedo traerte una obra titulada: *El viejo*. Por desgracia en ella la vejez es considerada una enfermedad, aunque de corta duración».

El viejo protestó: «¿La vejez una enfermedad? ¿Enfermedad una etapa de la vida? ¿Qué sería entonces la juventud?».

«Ni siquiera la juventud es la salud perfecta», dijo el médico, «pero es algo distinto. En la juventud se enferma con frecuencia, pero las dolencias suelen carecer de complicaciones. En los viejos, en cambio, hasta un resfriado puede volverse grave. Esto debe tener algún significado».

«Significa simplemente que un viejo es un ser débil. En efecto –gritó el buen viejo, victorioso– no es más que un joven debilitado». Había acertado. Este descubrimiento haría parte de su teoría, que así se vería profundamente beneficiada. «De ahí que, para evitar que su flaqueza se transforme en enfermedad, requiere una moral muy sólida». La modestia le impedía decir que esa moral sería provista por su obra, pero lo pensó.

Aquella conversación con el médico, de la que había obtenido tantos beneficios, debería haberlo animado a sostener otras. Pero cierto día el doctor se reveló tan claramente contrario a sus más íntimas convicciones, que el viejo comprendió que no había manera en que pudieran entenderse.

En el curso de sus elucubraciones el viejo se encontró con la misión de analizar cuáles eran los derechos que sobre la juventud le correspondían a la vejez. ¡Dios mío! La Biblia no había podido ser escrita en vano. ¿Debía la juventud obediencia a la vejez? ¿Respeto? ¿Afecto acaso?

El doctor se echó a reír y mientras reía revelaba satisfecho sus más hondos pensamientos. «¿Obediencia? Inmediata, porque no se debía hacer esperar a los viejos. ¿Respeto? Todas las muchachas de Trieste debían estar de rodillas ante los viejos para facilitarles la elección. ¿Afecto? Del mejor y

más sólido, los brazos alrededor del cuello, o en cualquier otro sitio, y la boca sobre la boca».

En definitiva el pobre viejo no tenía buena suerte y no encontraba un alma afín a la suya. No comprendía que al médico le faltaba la experiencia de una angina lacerante y que, por eso, no era como él.

También aquella discusión tuvo un efecto, pero fue negativo. Varias páginas ya escritas fueron puestas en cuarentena por el viejo dentro de una carpeta blanca sobre la que escribió: «¿Qué debe la juventud a la vejez?».

A veces la teoría se enmarañaba y era difícil continuar. En aquellas ocasiones el viejo se sentía muy mal. Posponía el trabajo pensando que un descanso breve le daría la lucidez que le faltaba, pero ¡qué vacíos transcurrían sus días! Sin previo aviso la muerte se había hecho más cercana. Ahora el viejo tenía tiempo suficiente para escuchar el palpitar vacilante de su corazón y su respiración fatigada y ruidosa.

Fue en uno de esos períodos cuando mandó un mensaje a la jovencita pidiéndole que fuera a visitarlo. Confiaba en que bastaría con volver a verla para sentir renovado su remordimiento, que era su principal estímulo para escribir. Pero ni siquiera de su parte llegó la ayuda que esperaba.

La muchacha había seguido cambiando. Elegantísima, como en el encuentro anterior, era evidente que esperaba ser recibida con besos. El viejo no fue demasiado severo esta vez, no por fastidio sino porque le importaba muy poco. Por ese entonces amaba a toda la juventud, hombres y mujeres, incluida su querida jovencita de los harapos, pero de ninguna manera a ese maniquí, tan orgulloso de sus vestidos, que le hablaba mirándose al espejo.

Había cambiado tanto que se quejaba porque el dinero ya no le bastaba y rogaba que le aumentara la mensualidad.

Aquí el viejo sacó a relucir su amplia experiencia en los negocios. «¿Por qué crees que te debo dinero?», preguntó sonriendo.

«¿No fuiste tú quien me sedujo?», preguntó la miserable muchacha, que debía haber sido instruida por alguien.

El viejo conservó la calma. Tristemente el reproche ya no le despertaba ninguna emoción. Desa-probó su insinuación y le dijo que cuando se hacía el

amor, se hacía entre dos, y que de su parte nunca hubo engaños ni violencia. La muchacha se dejó convencer pronto y no insistió. Probablemente se sentía arrepentida y enfadada por haber hablado de ese modo, ella que siempre había hecho todo cuanto podía para no parecer interesada.

Él, para hacerla sentir mejor y con la esperanza de llegar a sentir al menos un poco de su antigua emoción, le contó que la había recordado en su testamento.

«Lo sé y te lo agradezco», le dijo. El viejo no dejó ver la sorpresa que le causaba que ella conociera un testamento que debía permanecer en secreto, y aceptó sus agradecimientos.

Ese encuentro lo desilusionó tanto que se propuso rehacer su testamento y dejar el saldo de su patrimonio a una institución de beneficencia.

No hizo nada solamente porque los intelectuales son muy tardos cuando se trata de actuar.

X

Y fue así como el viejo se encontró cara a cara y a solas frente a su teoría.

Mientras tanto el extenso preámbulo de su obra había terminado y, según él, el resultado era espléndido, tanto que lo releía continuamente buscando un estímulo que lo animara a continuar.

En aquel prefacio se había propuesto demostrar cómo la humanidad tenía necesidad de su obra. Él no lo sabía pero esta era la parte más fácil del trabajo. En efecto, cada obra que pretende crear una teoría se divide en dos partes: a la primera le corresponde destruir todas las teorías preexistentes o, mejor aún, a la crítica del actual estado de cosas, mientras que la segunda asume la difícil tarea de reconstruirlo todo sobre bases nuevas, misión bastante ardua. Alguna vez un teórico publicó en vida dos volúmenes completos tratando de demostrar cómo todo procedía mal y de la manera más injusta. El mundo se vino abajo y no mejoró ni siquiera cuando los herederos del teórico publicaron un volumen póstumo dedicado a la reconstrucción de lo derrumbado. Una teoría es siempre un asunto complejo y en el momento de su elaboración no se alcanzan a vislumbrar todas sus implicaciones. A veces surgen teóricos que predican la desaparición de algún animal, por ejemplo, de los gatos. Escriben y escriben sin llegar a percatarse de que, junto a la teoría, y como consecuencia suya, pululan los ratones. Demasiado tarde los teóricos se dan cuenta del problema y angustiados se preguntan: «¿Qué haré con estos ratones?».

Nuestro viejo todavía estaba muy lejos de tal obstáculo. Nada es más bello y fluido que el preámbulo de una teoría. El viejo descubría que a la juventud del mundo le hacía falta algo para ser más bella: una saludable vejez que la amara y aconsejara. No faltaron aquí análisis ni cavilaciones puesto que, desde la introducción, quería plantear toda la magnitud del problema. El viejo partía desde el principio, como en la Biblia. Los viejos –cuando aún no se habían hecho decrépitos– se veían reflejados en los jóvenes con gran facilidad y cierto placer.

Al ceder la vida un organismo a otro era difícil comprobar si la misma había sido ennoblecida o mejorada. La historia de los siglos que nos preceden ha sido demasiado breve como para aprender de la experiencia. Sin embargo del paso de una generación a la otra podía surgir el progreso espiritual, siempre y cuando la asociación entre viejos y jóvenes fuera perfecta, y una sana juventud pudiera apoyarse en una vejez más sana todavía. De ahí que el objetivo del libro fuera demostrar que, para el bien de la humanidad, era indispensable la integridad de los viejos. Según él, el futuro del mundo, es decir, la potencia de los jóvenes que harían ese futuro, dependía de la asistencia y de las enseñanzas de los viejos.

El preámbulo tenía además una segunda parte. Si el viejo hubiera podido habría escrito muchas otras. La segunda trataba de probar los beneficios que los viejos obtendrían de una relación pura con los jóvenes. Si con los hijos la pureza era fácil, no había razón alguna para que las relaciones con sus semejantes fueran impuras. El viejo –si se conservaba puro– viviría más sano y por más tiempo y le parecía que aquello sería de gran utilidad para la sociedad.

El primer capítulo seguía siendo una introducción. ¡También necesitaba describir la situación actual de las cosas! Los viejos abusaban de la juventud y la juventud despreciaba la vejez. Los jóvenes hacían leyes para impedir que los ancianos continuaran en la dirección de los asuntos importantes y, por su parte, los viejos impulsaban aquellas que obstaculizaban el ascenso de jóvenes sin experiencia. ¿No revelaba esta rivalidad una coyuntura perniciosa para el progreso humano? ¿Qué tenía que ver la edad con la designación en los cargos públicos?

Estos prefacios, de los cuales sólo expongo las nociones más importantes, dieron salud y mucho qué hacer al pobre viejo durante muchos meses. Luego vinieron los capítulos más polémicos, los cuales fluyeron bastante bien, sin sofocarlo a pesar de su estado de debilidad. Uno estaba dedicado a negar que la vejez fuera una enfermedad. El viejo parecía estar muy feliz mientras lo escribía. ¿Cómo se podía creer que la vejez, que no era otra cosa que la continuación de la juventud, fuese una enfermedad? Debía existir otro

elemento influyente que trocara la salud en enfermedad, pero el viejo no podía hallarlo.

Después, de acuerdo con sus propósitos, la obra debía dividirse en dos partes. Una debía tratar acerca de cómo la sociedad debía organizarse para mantener sanos a los viejos, y la otra, de la organización de la juventud para regular sus relaciones con la vejez.

Pero en esta instancia nuestro buen viejo se veía interrumpido a cada instante por la invasión de los roedores. Ya he hablado de aquellas carpetas, cubiertas con hojas blancas, que él había guardado con la disposición de retomarlas cuando hubiera aclarado algunas dudas. Carpetas a las cuales pronto se sumaron otras.

Nunca olvidaba que el dinero había jugado un papel muy importante en su relación con la jovencita. Durante algunos días escribió que el dinero –que generalmente pertenece a los viejos– debía ser confiscado para evitar un uso corrompido. Era asombroso que pasara tanto tiempo antes de darse cuenta de lo doloroso que hubiera sido para él verse privado de su dinero. Entonces dejó de escribir sobre el tema y archivó la carpeta correspondiente, en espera de mayor lucidez.

En otra ocasión pensó en escribir cómo desde los primeros años se debía recordar que el objetivo de la vida era prepararse para una vejez saludable. Cuando los jóvenes pecan no sufren y no hacen sufrir tanto. Pero los pecados de los viejos equivalen al doble de los de la juventud, porque se peca también por el mal ejemplo. Así que, según nuestro teórico, se debía estudiar desde el principio cómo llegar a una vejez sana. Sin embargo luego le pareció que en aquel razonamiento el camino a la virtud no estaba bien señalado. Si los pecados de los jóvenes tenían una importancia tan leve, ¿dónde debía comenzar la educación de los viejos? Y sobre la hoja con la que cubrió aquella carpeta anotó: «Estudiar cuándo debe comenzar la educación en los viejos».

Hubo páginas en las que se esforzó por probar que para tener una vejez íntegra era necesario rodearse de jóvenes íntegros. El sistema de archivar las carpetas sin eliminarlas favorecía que se acumularan contradicciones de las cuales el autor no se percataba. En estas últimas se traslucía cierta ira

contra la juventud. Se podía concluir que, si la juventud fuera honesta, los viejos no tendrían motivos para pecar. Además su mayor fuerza física los protegía de los abusos. En el sobre que guardaba tanta filosofía escribió: «¿De quién debe provenir la moral?».

Así, el viejo siguió acumulando dudas, convencido de construir algo. No obstante la lucha era superior a sus fuerzas y, cuando regresó el invierno, el médico notó una mayor decadencia física en su paciente. Hizo sus indagaciones y terminó por adivinar que la teoría, que tanto bien había traído, ahora era la causa de sus males. «¿Por qué no cambias de tema?», le preguntó. «Deberías concluir el trabajo y dedicarte a otra cosa».

El viejo no quiso hacerle ninguna confidencia y le aseguró que si trabajaba tanto era sólo para pasar el tiempo. Temía a la mirada crítica, pero pensaba que esa prevención solamente duraría hasta que culminara su obra.

Esta vez la intervención del médico no tuvo un buen efecto. El viejo se decidió a terminar la obra resolviendo una duda tras otra y comenzó por retomar su análisis acerca de lo que a los viejos les corresponde de los jóvenes. Escribió durante varios días cada vez más agitado y, luego, pasó varias jornadas en su escritorio leyendo y releyendo sus cuartillas.

Guardó de nuevo las cuartillas viejas y las nuevas en una carpeta sobre la que estaba escrita la pregunta a la que no había sabido responder. Al final, bajo aquella pregunta, desesperadamente escribió varias veces la palabra «¡Nada!».

Murió de golpe. Lo encontraron con la pluma en la boca. Por ella había pasado su último suspiro.